

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. ISSN 0328-221X - N°53, Buenos Aires, Primavera/Verano 2002. \$5

Entrevista a Marco
Aurelio García

**Renovada
promesa de
gobierno
progresista en
Brasil**

Guillermo Ortiz

Lula debe
generar un
consenso
posvanguardista
para
reconstruir el
Estado

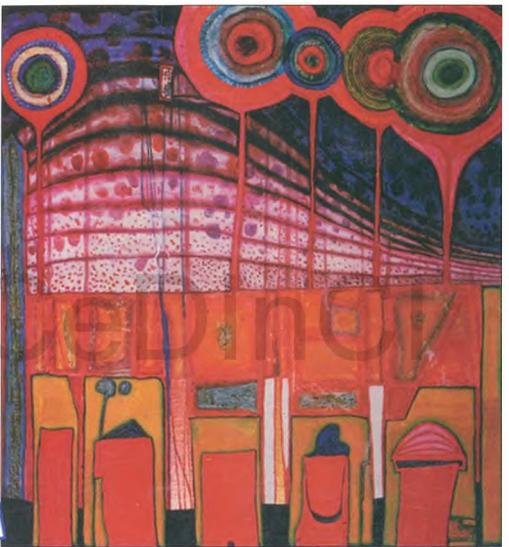
Peter Lösche
**Contradicitorio
presente de la
socialdemocracia
europea**

Luis A. Romero

Hacer la
historia
de la izquierda
Un desafío
de Leandro Gutiérrez

Libros

**Adiós al
humanitarismo**
Fabián Boscoer



Mesa redonda

Qué ofrece Chacho Álvarez con su propuesta de autocritica

Un punto de partida para ampliar un debate necesario, Juan Carlos Portantiero • Luces y sombras de una reflexión bienvenida, Isidoro Cheresky • Entre la autocritica y la reinención del pasado, Gerardo Aboy Carlés • Un regreso reparador y una propuesta de discusión, Osvaldo Pedroso • La simulada autocritica de la “política verdada”, Marcos Novaro • El paso inusual de un político, Jorge Tula

En este número

El análisis de la lamentable experiencia de la Alianza es una tarea pendiente, no sólo para *La Ciudad Futura* sino para todo el arco del centroizquierda de la Argentina. Es muy probable que el tremendo impacto del fracaso del intento de coalición progresista pida explicar el porqué de esta demorada deuda. Lo cierto es que, pese al tiempo transcurrido desde el derrumbe del Gobierno de Fernando de la Rúa, no resultaba fácil acometer una empresa de tamaña entidad. No porque se la considerase poco importante o secundaria, más bien es lógico pensar que la demora tuviera otros orígenes, acaso ligados a las dificultades para encontrar los ejes y marcos más apropiados. En ese cuadro deudor hizo su aparición, precisamente, un libro del ex titular del Feprespo y ex Vicepresidente, Carlos Chacho Álvarez, en el que ensaya un relato autoctrónico de la experiencia de la Alianza y de su papel en ella. Y ése fue el disipador de la iniciativa de reunir una mesa redonda



Corte de manga de camisa (1954)

para debatir el texto y publicar los comentarios en la presente edición. La ocasión resulta oportuna para emprender por fin la tarea, pues se cumplen en estos días el primer aniversario del estrepitoso final del Gobierno de la Alianza y, con ello, la clausura de tantas esperanzas. Se trata, de todos modos, del primer paso de un camino que seguramente será largo y complejo, pero bien vale haberlo iniciado. Un bloque importante está dedicado a otra experiencia progresista vecina, la que iniciará Lula da Silva en Brasil, luego de su resonante triunfo electoral. Y, a propósito de elecciones, el politólogo alemán Peter Lösche analiza la situación de la socialdemocracia europea, a la luz de los recientes comicios. Fabián Boscoer commenta textos de Noam Chomsky y Robert Kaplan en un panorama de realistas derecha y de izquierda: frente a las políticas del Imperio americano. Y Luis Alberto Romero evoca a Leandro Gutiérrez a diez años de su muerte. *OP*

Sumario

QUÉ OFRECE CHACHO ÁLVAREZ CON SU AUTOCRÍTICA: MESA REDONDA

Exposiciones

Juan Carlos Portantiero: Un punto de partida para ampliar un debate necesario
Icidoro Chareckly: Lujos y sombras de una

ARTÍCULOS

Guillermo Ortiz: Lula debe generar un consenso neoveroquista para reconstituir el Estado

posvarguista para reconstruir el Estado. Mariano Azuela, Gómez, Barrera y

Marco Aurelio García: Renovada promesa de gobierno progresista en Brasil
Peter Lösche: Contradicitorio presente

LIBROS

8

[View all posts by **John**](#) [View all posts in **Uncategorized**](#)

El artista: Friedrich Hundertwasser nació en Viena en 1928. Según el crítico Harry Rand, Hundertwasser cultiva un arte introspectivo; es un sensualista que da todo en abundancia y que se mueve en el mundo de los sentidos.

Martín Plot, Ernesto Semán, Pablo Semán, Lucrecia Teixidó, Comité asesor; Emilio Di Ipolio, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Ricardo Nudelman, Oscar Terán. **Maqueta original:** Juan Pablo Renzi. **Administración:** Arnaldo Jáuregui. **Diagramación y armado:** Viviana Mozzzi. **Corrección:** Violeta Collado y Carlos Astorci. **Impresión:** Gráfica Integral, José Bonifacio 1563, (1424) Buenos Aires. **Distribución:** Siglo XXI Argentina, Lavalle 1563, 11^a P., (1048) Buenos Aires. **Registro de la Propiedad Intelectual:** N°192675. **Suscripción anual:** Argentina \$ 20, S.20, Exterior, US\$ 30. **Cheques y giros:** a la orden de Oscosvaldo Perdomo.

Mesa redonda

Qué ofrece Chacho Álvarez con su propuesta de autocrítica

Sí bien la aparición de *Sin excusas*, el libro de Chacho Álvarez sobre la intervención que le cupo en la experiencia de la Alianza, generó un inmediato interés colectivo en el seno de *La Ciudad Futura*, el tomillo como eje de esta edición no fue un acto automático. Antes bien, mereció un detenido análisis, fundamentalmente por dos razones. Por una parte, a nadie interesaba transformar (ni dar la idea de estar haciéndolo) la discusión del texto como una manera de instaurar una suerte de enjuiciamiento del autor, desde una victimización *a priori*, tan absurda como inútil. Por otro lado, también era preciso evitar que, ni directa ni indirectamente, la mesa redonda pudiera proyectarse como un respaldo, también *a priori*, al discurso del ex Vicepresidente. Y aunque ahora, producidos los hechos, tales prevenciones puedan parecer ingenuas y desmedidas, lo cierto es que existieron. Hoy estamos conformes, tanto con la decisión de hacer el debate como con los resultados que éste ofreció. Se integró un panel que, además de algunos miembros del staff, invitó a amigos de la revista.

en el intento de ofrecer visiones cuya característica común dominante fuera haber compartido expectativas y cierto nivel de compromiso intelectual con la idea de impulsar la confluencia de fuerzas progresistas y la formación de un gobierno de coalición, para el logro de transformaciones democráticas. Las exposiciones y el debate consecuente evidenciaron una previsible pluralidad de puntos de vista, con diversos tipos de coincidencias y de disidencias respecto a las posiciones de Chacho Álvarez, con un resultado que no sorprende: no hay conclusiones univocas, ni mucho menos. Más bien, miradas centradas sobre ejes distintos y con apreciaciones diversas, aun sobre los mismos temas. La mayor coincidencia, de todos modos, es la que recupera la voluntad de poner en discusión una etapa fundamental de la reciente historia política argentina, sobre la cual lo que sobran son los interrogantes sin respuesta conocida. Una temática difícil que apenas comienza a ser abordada. La reunión se llevó a cabo en el Club de Cultura Socialista José Aricó, el 16 de noviembre de 2002. *OP*

Exposiciones

Un punto de partida para ampliar un debate necesario

Juan Carlos Portantiero

Lo primero que quiero señalar es la importancia de un texto como el de Álvarez, en un país en el que los políticos que pasaron por la función pública no acostumbran a escribir sus memorias ni, menos aún, incluir en ellas una autocrítica de su desempeño. En ese sentido, *Sin excusas* cumple con un papel significativo para poder analizar una época que, aunque cercana en el tiempo, mantiene todavía una serie de preguntas insatisfechas. No es que el texto colme

todas las respuestas; más bien abre nuevos interrogantes, pero tiene la potencia suficiente como para iniciar un debate que debería ser mucho más amplio y profundo de lo que esas páginas preliminares expresan. A los

una más la atención que quien había criticado duramente su gestión en la Ciudad de Buenos Aires por repetir todos los vicios de la vieja política se haya confundido con su orientación ideológica —un “moderado” y no un “conservador”, en sus palabras— cuando la última calificación era conocida por todos, incluso en el radicalismo. Si era una paradoja que un conservador dirigiera una coalición que se pretendía de centroizquierda, la única esperanza era que los dos partidos compensaran ese gravísimo *handicap* con la fuerza de una coalición a la chilena. Eso no sucedió y las responsabilidades, compartidas por la UCR y por el Frenaso, alcanzaron en primer lugar al sistema político.

Sobre todo esto, ¿qué nos deja el libro como saldo? En cuanto a la narración de la historia, poco es lo que gregga a lo ya conocido sobre los conflictos internos que condujeron a la catástrofe. Sorprende que la caracteri-

zación de Fernando de la Rúa oscile entre el psicológico y lo ideológico, y llama más la atención que quien había criticado duramente su gestión en la Ciudad de Buenos Aires por repetir todos los vicios de la vieja política se haya confundido con su orientación ideológica —un “moderado” y no un “conservador”, en sus palabras— cuando la última calificación era conocida por todos, incluso en el radicalismo. Si era una paradoja que un conservador dirigiera una confición que se pretendía de centroizquierda, la única esperanza era que los dos partidos compensaran ese gravísimo *handicap* con la fuerza de una coalición a la chilena. Eso no sucedió y las responsabilidades, compartidas por la UCR y por el Frepaso, alcanzan en primer lugar a los jefes de ambas agrupaciones.

y por eso no parece demasiado lógico su pecado de ingenuidad cuando se planteó la posibilidad –que el delatrismo rechazó sin discutir– de integrarlo a él como Jefe de Gabinete con Cavallo como ministro de Economía. Si la apertura hacia la derecha es Economía, para garantizar la gobernabilidad, era vista como una operación posible (pero para ello era necesaria una Alianza verdaderamente sólida en su orientación política general, y me debilitaba como lo estaba en la relación de fuerzas), creo que la cuestión debería haberse franequado como parte de una estrategia, riesgosa pero no disparatada.

De acuerdo con el libro, el error original fue la propia constitución de la Alianza. A partir de esta afirmación se abre un abanico de problemas: en especial, el de que esa petición de principios cerraría toda posibilidad de analizar los errores posteriores. Aparentemente la falla habría consistido en que el Frepaso no tenía potencia para impedir su subordinación al radicalismo, a su rostro de socio en la vieja política. ¿Por qué, si en 1995 el Frepaso fue la segunda fuerza electoral con cinco millones de votos? ¿Qué pasó entre ese año y la creación de la Alianza, dos años después, que invertiera la relación de fuerzas? Aparato contra aparato es cierto que el despliegue territorial de la UCR superaba al del Frepaso, y que la figura de De la Rúa no tenía competencia. Pero eso tiene que ver, sobre todo, con la incapacidad de construir y establecer nacionalmente fuerza propia, con el desdén por la organización, con la dificultad para establecer alianzas sociales, para encuadrar políticamente el voto independiente y para trabajar sobre las divisiones interiores de la UCR. Y ya en el Gobierno, con la pereza por pelear espacios, con dar por perdidas batallas sin pelearlas. Cabe aquí la anécdota nunca desmentida de que De la Rúa le anticipó a Chacho las movidas provocativas que iba a hacer en el Gabinete y su silencio frente a ellas, para renunciar cuando el hecho se había consumado. ¡Un golpe

en la mesa podría haberlo evitado? ¿La amenaza de retirar al Frepaso de la coalición hubiera surtido efecto? No lo sabemos pero, como suele decirse, no hay peor trámite que el que no se inicia. Y esto en política es fatal.

La Alianza fue una coalición de cúpulas en la que se dio un rol desmedido a un líder conservador. Una fuerza política, en este caso una alianza, que quiere ser alternativa, no puede basarse sólo en la opinión pública y en el parlamento: necesita soportes sociales, y si no los tiene de antemano y pese a ello gana las elecciones apoyada en las formas difusas de la ciudadanía, deberá construirlos desde el Gobierno a través de políticas públicas que marquen claramente el territorio

de los apoyos y las oposiciones. A De la Rúa eso no le interesaba; la UCR era (y es, lo que queda) un partido en el que pesaba mucho lo viejo, y el Frepaso y Álvarez, que eran la fuerza de innovación en la política argentina, desvirtuaron su papel. Ésa es la verdad.

Si no aspiramos a convivir por largísimo tiempo con opciones de derecha, más o menos populistas, los llamados "progresistas", entre quienes sin duda está Álvarez, deberemos seguir avanzando en profundidad la macabra experiencia de la Alianza. Este libro más que preocuparnos por el futuro político del autor deberá empeñarnos en analizar esa experiencia para no repetir compartidos errores. □

Luces y sombras de una reflexión bienvenida

Isidoro Cheresky

Sin excusas nos presenta Chacho Álvarez de regreso en la escena pública investido del doble rol de actor político y de analista. Poco cierto, actor del pasado que revisa críticamente su interpretación. Este aspecto del libro-entrevista nos ofrece un testimonio lúcido y sincero que, aunque centrado en el momento de su renuncia y en las circunstancias inmediatas, se remonta al proceso iniciado con la formación de la Alianza.

A mi parecer, pone de relieve la significación política de su renuncia, acto que connotará quizás para siempre la mención de su nombre. Acto provisoriamente de un sentido ético político que ilustra la posibilidad de que un dirigente actúe de un modo desinteresado, y produzca consecuencias decisivas para el curso político y para su persona. De ese modo se coloca en sintonía con la vocación de diferenciarse del estilo político del bipartidismo, que había inspirado la propia formación de la fuerza de centroizquierda que él lideró. Retomaba la inspiración en la renovación política

por sobre la rutina institucional y descataba una prudencia de cálculo personal que hubiese favorecido la permanencia del estado de cosas. Sin embargo, la renuncia fue también una fuente de frustración. Lejos de ser el inicio de una rectificación colectiva que llevaría a reconstruir el proyecto de centro izquierda, dejó al acto aislado como un testimonio decisivo pero impotente. Las propias palabras de Chacho Álvarez dejan en descubierto la ausencia de un proyecto para el día después, y recuerdan el interminable proceso de desgaste que sufrieron el Frepaso y la Alianza desde ese momento.

La renuncia, por su repercusión, se constituyó en el punto de inflexión en el estado de la opinión pública que, abandonando entonces las ilusiones depositadas en el emprendimiento reformista, se rendiría al desencanto con los dirigentes políticos y con las instituciones. La desilusión con la promesa reformista se sumaba a la dura lección sobre las consecuencias de la milagrosa modernización de los 90.

Peró, ¿la experiencia podría haber tenido otro curso? El líder del Frepaso

corta por lo sano remontando su autocritica al momento mismo de constitución de la Alianza, sosteniendo que ésta no debió haberse producido. En sus argumentos prevalece la mención de la inferioridad de la fuerza renovadora ante el aparato del partido centenario y, en consecuencia, la poca factibilidad de incidir en una alteración de las prácticas políticas tradicionales en esas condiciones; pero por sobre todo hace hincapié en la inmadurez del Frepaso, que hubiera debido ser fortalecido en su identidad antes de emprender la aventura de gobierno.

Según esta perspectiva, lo que debe revisarse en consecuencia es una concepción equivocada de la representación política que llevó a sacrificar las presuntas demandas de "la gente" en detrimento de un diagnóstico responsable y orientado por principios, que según el dirigente político nos dice, llevaría a veces a separarse de la opinión reinante. Que "la gente" haya deseado la unidad de la oposición no era una razón suficiente para formar la coalición, sostiene críticamente Chacho Álvarez.

Ésta es quizás, en el plano conceptual, la autocritica más significativa. Pero, aunque sin duda hinca el bosturí en un punto decisivo, podría inspirar una revisión utópica e incluso conformista de su trayectoria política, y dejar de lado la revisión de algunos aspectos más precisos de esa historia.

¿Es posible en nuestros días concebir una estrategia de construcción política distante de las coyunturas y en consecuencia del "comercio" político que incluye presentación electoral y coaliciones? Dicho en otros términos, el problema al que alude Chacho, la esterilización de la capacidad crítica de la fuerza que lideraba, ¿fue la propia constitución de la Alianza o el modo en que ésta se efectivizó? Aunque los argumentos que en su momento pretendían justificar la pasividad del Frepaso en la coalición aparecen aquí relativizados –en particular el argumento según el cual la lógica del régimen presidencialista inhibe una asociación competitiva–, hubiese sido deseable que se examinaran varios

momentos críticos de la coalición. La selección del candidato presidencial –decisión tan cargada de consecuencias– estuvo inspirada por la vocación de posibilitar el voto rechazo, es decir, de elegir el candidato que por su popularidad recogiese mejor el heterogéneo voto antinememista en vez de una figura proyectada en una promesa innovadora. Pero no hubiese sido ése el momento para poner en juego de un modo consistente una concepción no estrechamente electoralista de la coalición involucrando a militantes y electores. Por el contrario, se aceptó que la disputa en las internas abiertas en la

que Fernando De la Rúa fue electo candidato tuviera lugar bajo el pacto de no discutir temas programáticos con la inocente presunción de que el programa "progresista" ya estaba acordado.

Del mismo modo, la competencia presidencial fue enteramente personalista y mediática en torno a una estrategia de promesa electoral mínima, lo que no sólo no permitió presentar a la Alianza como una conjunción plural –pese a la significación simbólica de la candidatura de Chacho Álvarez, que él mismo pone de relieve en su libro–, sino que no atentó a



Mujer con globos (1950)

movilización en vistas a un rumbo de gobierno socialmente sustentado.

El que no se concibiese una alianza más deliberativa, más conflictiva, incluso con competencia electoral entre sus componentes corresponde quizás a una concepción timorata, que no aparece aquí reexaminada, sobre las condiciones de gobernabilidad necesarias para que una coalición de pretensiones progresista no se encuentre desestabilizada desde el inicio.

En el mismo sentido apuntado por el autor sobre las condiciones para una acción política más autónoma, se resalta la ausencia de un análisis sobre la propia conformación del Frepaso. El paradigma chanfleado que predominó sustentaba el liderazgo personalista de Chacho Álvarez en el amplio respaldo de una ciudadanía progresista que sostendía un vínculo virtual con el líder a través de la televisión y otros medios de comunicación. La estructura partidaria era subsidiaria de ese vínculo de popularidad y estaba cohesionada por el entusiasmo y/o los beneficios que procuraba la pertenencia a una fuerza en ascenso vertiginoso. Los adherentes provenientes en su mayoría del peronismo disidente y de la izquierda estaban confinados a una tarea territorial de apoyo y eran poco consultados y poco instruidos en una línea política innovadora fuertemente republicana aunque de sensibilidad social, que era escasamente afín a su historia y, en algunos casos, a sus

aspiraciones profundas. El liderazgo personalista en las condiciones descriptas parecía poco propicio para hacer evolucionar una fuerza política en la dirección de formar sus militantes y un staff de cuadros partidarios y comprometidos, con una orientación consistente, y quizás menos aun en contribuir a generar una base social amplia de reformismo *aggioriano*.

Se presenta también un diagnóstico contundente sobre las estructuras de poder, sobre la persistencia de los rasgos parasitarios y prebendarios del capitalismo y de los capitalistas, sobre la corrupción e inefficacia del Estado y del bipartidismo. En este punto el líder reformista de poco margen para confiar en una autorreforma, y dejó flotando la imagen de una necesaria transformación de una amplitud que parecía contraria a la inviabilidad de la refundación que también enciñó en algún momento, ¿en qué recursos podría abreviar una reconstrucción política y general de tal amplitud?

Se trata por cierto de una reflexión conceptual, pero situada, inhabitable en un líder político. Encierra la promesa de contribuciones ulteriores tan necesarias para una vida política carente de rumbo, y sobre todo de un empeño de acción que lejos de la soñocante reiteración administrativa o técnica a la que en el mejor de los casos estamos habituados, pone énfasis en la construcción política y en la voluntad para encarar la salida a la debacle argentina. □

Álvarez señala como propios:

- 1) La Alianza con la UCR, un partido al que el propio Chacho califica como "conservador" y estructuralmente dependiente del sistema de vaciamiento institucional que articula poder económico y decisión política en la Argentina.
- 2) La candidatura de De la Rúa, un conservador al que Álvarez habría confundido con un moderado.

3) El haber mantenido a su fuerza en la Alianza tras su renuncia a la vicepresidencia, en octubre de 2000.

Si analizamos cada uno de los desarrollos críticos, veremos nitidamente cómo cierto nivel de autocritica y una maniquea reconstrucción del pasado se articulan en el razonamiento de Álvarez:

1) Si bien es cierta la participación del radicalismo en el sistema de colonización plutocrática de la política, la afirmación encubre por momentos dos cosas. Por una parte, los clivajes entre crítica y acompañamiento de la política deflarumaron no fueron partidarios, sino que atravesaron a ambas fuerzas de la cogoción. Más aun, la ausencia de un cambio de rumbo respecto de la política económica del menemismo encontró muchas veces en la propia primera línea del Frente mayor respaldo que en la propia UCR. Por otra parte, la participación del propio Frente Grande en prácticas de financiamiento espurio de la política, que fue decisiva en la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, es mencionada como al pasar, sin ver hasta qué punto la nueva fuerza se constituyó en el marco del viejo sistema, o sea coparticipando del estado de cosas que supuestamente debía transformar. Aquí se nota la ausencia de una reflexión profunda sobre la propia construcción política frenista, la forma de acumulación del FG y el Frepaso, que lejos de fortalecer los lazos entre política y sociedad potenció la crisis de representación.

2) La argumentación roza lo pueril cuando el debate en torno de la figura de De la Rúa toma la forma de una confusión entre un "moderado" y un "conservador". Como recientemente

Tres son los principales errores que

argumentaba Beatriz Sarlo: ¿podía desconocer Álvarez algo que era una noción de sentido común en el interior del propio radicalismo desde hacía veinte años? De todas formas: ¿excusa la figura del Presidente la ausencia de un papel activo de los partidos de la coalición para incidir en la política oficial? La confusión no fue sobre una figura, sino en todo caso, sobre qué era conservatismo y qué no, qué políticas conglomeraban o incluso potenciaban los tremendo niveles de desigualdad en el país. Políticas que fueron masivamente acompañadas por un dirigente que aún hoy justifica su alejamiento sólo en el grave déficit republicano de la gestión aliancista. E incluso en esta última materia debemos recordar la ausencia de políticas del propio Frepaso respecto del lamentable papel de la máxima autoridad judicial del país.

3) Sin duda, Álvarez da verdadera dimensión a su responsabilidad sobre la licuación de su partido al señalar su falta de decisión para apartar al Frepaso de la Alianza tras su renuncia el 6 de octubre de 2000. Sin embargo, es menester subrayar que el ex Vicepresidente intenta reconstruir una imagen de apartamiento del poder partidario desde su misma renuncia, cuando esto se produce apenas en mayo del siguiente año. Lejos de la pasividad, tras su dimisión declaraba: "Se puede tener el máximo compromiso con el Gobierno desde la presidencia de uno de los partidos de la Alianza", y aún el 22 de marzo de 2001 reunía a 35 funcionarios del Frepaso, secretarios y subsecretarios de Estado, para pedirles que continuaran en sus puestos. No habiendo consultado a nadie para renunciar, no parece creíble achacar el intento de hacerse con la jefatura de gabinete –simultáneamente al ingreso de Cavallo– a algunos compañeros del partido. En definitiva, el incierto derrotero de Álvarez en torno a su posición sobre el Gobierno se mantuvo alrededor de siete meses tras su renuncia.

Como decíamos al comienzo, entre los claroscuros que *Sin excusas* depara, hay ausencias notables. Una es la

posición frente a Cavallo, disimulada ahora como una estrategia de Machina para que el ex Ministro menemista se hiciera con la titularidad del BCRA. La relación entre Álvarez y Cavallo es bastante más ambigua de lo que la superficial critica del libro deja entender. Favorecedor de su ingreso al gobierno aliancista, simultáneamente a la entrega del memorándum a De la Rúa que cierra el libro, Chacho sugería convocar a Cavallo para llevar adelante la reforma impositiva allí propuesta.

Importantes son las consideraciones de Álvarez sobre la ausencia de alternativas ante una Convirtibilidad herida de muerte años antes de la llegada misma de la Alianza al gobierno. Una responsabilidad que les cae a las fuerzas políticas, pero también al medio académico local, cuyos principales referentes ahogaron antes de las elecciones de 1999 toda crítica en esa dirección.

La ausencia más significativa del

Entre la autocritica y la reinvencción del pasado

Gerardo Aboy Carlés

La lectura del diálogo entre Chacho Álvarez y Joaquín Morales Solá nos depara la ambigua sensación de encontrarnos ante una variada gama de claroscuros sobre la cual debemos reflexionar. De un lado, estamos ante un ejercicio infrecuente en la dirigencia política argentina como lo es una importante

reflexión autocritica sobre el papel que un dirigente y una fuerza política desempeñaron en el proceso que llevó al país a la mayor crisis de su historia. En este sentido, no es casual que, en el marco de las prácticas vigentes, Álvarez haya podido articular esta reflexión tras haber abandonado toda forma de competencia político-partidaria.

Tres son los principales errores que

Un regreso reparador y una propuesta de discusión

Osvaldo Pedroso

La contribución más importante del libro de Chacho Álvarez acaso sea la posibilidad que abre para la reflexión sobre una etapa clave de la política argentina. Por lo demás, la decisión de abordar un repaso autocritico de su actuación es, claramente, un acto de compromiso tan valioso como infrecuente en nuestro paisaje público. Por ello, frente al sentido general de su aporte, creo que los aciertos o desaciertos de sus juicios y apreciaciones pueden resultar en cierto modo secundarios. Y quiero señalar, además, que mis análisis y opiniones no podrán dejar de ser, también y en última instancia, parte de una mirada autorreferencial, dado el grado de involucramiento personal que me liga al período y a la experiencia de que se trata.

Por razones de espacio, seguramente como todos, sólo tomaré unos pocos problemas abordados por el autor.

1) La idea de que fue un error haber creado la Alianza

Repetidamente, Álvarez asegura que el gran error, el error madre de todos los errores de la experiencia, fue haber formado la Alianza. Los argumentos son variados, pero básicamente se relacionan con la asimetría del volumen de los dos núcleos principales: la UCR y el Frepaso. Sostiene que no era una alianza entre iguales, sugiere que el acuerdo llevó a la pérdida del capital acumulado por el Frepaso a partir de sus propuestas de nuevas formas de relación entre la política y la ciudadanía, afirma que la elección interna demostró que la proporción era 70 para la UCR y 30 para el Frepaso, y una serie de argumentaciones parecidas, de las cuales concluye que al hacer la

Alianza, debieron someterse –el Freepaso y él en particular– a una suerte de disciplinamiento hacia la figura presidencial y clausurar el planteo de críticas, reclamos de espacios de debate en el seno de la coalición, etcétera.

Efectivamente, sucedió lo que relata Álvarez: en los hechos no hubo Alianza, sino subordinación a la política dictada por el presidente De la Rúa, que desmentía abiertamente las consignas electorales. Y Chacho Álvarez, antes que garantía del centroizquierda o progresismo en la Alianza, como la mayoría de la ciudadanía esperaba, jugó el papel inverso, esto es, el de tratar de que el progresismo “digeriera” la decepción. Fue así, es cierto: pero no debió necesariamente ser así.

Por un lado, es posible hacer una alianza electoral entre fuerzas de magnitud desigual, abundantes experiencias lo demuestran; y por otro lado, la diferencia puede ser traducida a los espacios que ocupará cada una en la distribución de cuotas de poder, capacidades de crítica, situaciones de veto, etcétera. En ningún caso una alianza supone fatalmente la pérdida de autonomía del partido de menor tamaño. El Freepaso pudo y debió haber hecho sentir sus puntos de vista disidentes,

en el marco de las típicas relaciones entre aliados interdependientes. Y Álvarez pudo haber elegido otro papel que el que desempeñó. No es improbable que, de haberse desarrollado, esta dinámica más libre pudiera haber llevado también a una ruptura, sin duda, pero el intento de proteger la voluntad de cambio habría sido más valioso que la anticipada aceptación del fracaso.

Y es claro que para imaginar un camino diferente del recorrido en esos planos, también habrían sido imprescindibles otros pasos consecuentes, particularmente, la formación de una fuerza de sostén de la política de transformaciones votada por la ciudadanía. Esto fue insistente y vanamente reclamado, en especial por núcleos y figuras independientes, desde fuera de los partidos que integraron la Alianza.

2) La afirmación de que no debió haber aceptado ser candidato a vicepresidente

Esta opinión tiene bases similares a la afirmación inicial sobre la asimetría y la inviabilidad de la Alianza, y agrega que su presencia en la fórmula sugería el equívoco insanable de la existencia de un cogobierno o, al menos, de un alto nivel de influencia en las decisiones gubernamentales, sos-

teniendo que en el plano de lo real el Vicepresidente tiene un papel poco menos que formal.

En este punto reitero las objeciones ya planteadas sobre lo que fue y lo que pudo haber sido. Y agrego que, a mi juicio, si él no hubiera formado parte de la fórmula, la Alianza seguramente habría perdido las elecciones. Pero Álvarez presenta los hechos como acontecimientos predeterminados de manera ineluctable, ajenos a la voluntad política de los protagonistas, y no como productos de la acción deliberada de cada uno, comenzando por él mismo. Por eso pienso que es útil que lo que no sucedió también forme parte del análisis, pues de otro modo, sólo hay mirada fotográfica del pasado.

3) Su actuación frente a los sobornos del Senado

Esta experiencia podría desmentir por sí sola la perspectiva con la que Chacho encara estos análisis. Porque hizo precisamente lo que dice que un Vicepresidente no puede hacer en la Argentina, esto es, actuar con iniciativa política y marcar netas diferencias con el Presidente en defensa de las promesas preelectorales. Y con ello, generar una commoción profunda del escenario político y una renovación espectacular de la esperanza ciudadana. Eso fue lo que sucedió, por más que luego, a su modo, él mismo se encargara de dilapidar el fenómeno.

4) Su renuncia a la vicepresidencia. Y después

Coincidí absolutamente con la perspectiva de Álvarez en cuanto a que los cambios introducidos por De la Rúa en el Gabinete provocaron su renuncia de manera irresistible, y que esto llevó a la coalición a una situación de virtual ruptura. También coincido en que la renuncia no debió haber sido un acto individual, más atribuible a una saturación psicológica que a un paso político de primera magnitud institucional, sino, como afirma, debió haber sido un paso colectivo y orgánico del Freepaso y estar acompañado de otras medidas complementarias del conjunto de esa agrupación. Si hubiera actuado de esa manera –comenzando por no retirarse de la escena política pública,

su falla más grave–, muchas cosas podrían haber sido diferentes, acaso hasta la misma suerte de la Alianza. Y por razones de economía, apelo en este planteo al experimento contrafáctico propuesto por Beatriz Sarlo en su artículo “Siempre existen otros caminos”, publicado en *La Nación* el 6 de octubre último.

5) La incorporación de Cavallo al gobierno de la Alianza y su postulación como Jefe de Gabinete.

Este doble punto constituye uno de los enigmas que me plantea el libro. No es imposible, claro, que las cosas hayan transcurrido como las plantea el autor; pero su relato contradice no sólo las versiones registradas en ese momento sobre los intentos de ampliar la coalición de gobierno, sino también la aparente lógica de las cosas. Porque Chacho siempre pareció proclive a un acuerdo con Cavallo o, al menos, a la adopción de sus puntos de vista, digamos, “técnico”, y no es fácil olvidar tampoco sus ostensibles expresiones de arrepentimiento público por haber votado en contra de la

ley de Convertibilidad, mientras que en el libro asegura que en el nombramiento del ex Ministro de Menem, él se limitó a aceptar pasivamente una propuesta de Machinea. Y lo mismo sobre las gestiones para que, junto con Cavallo, ingresara él al Gobierno como Jefe de Gabinete. No lo imagino al margen absoluto de la negociación ni, menos, autorizando una gestión así en contra de su opinión. Creo que el episodio fue sólo uno, y tuvo interiores de mayor complejidad y compromiso, por lo que me resulta más verosímil pensar, también en este punto, en un tropezón de la memoria.

Por cuestiones de espacio, reitero, otras coincidencias y disidencias darán para una eventual segunda oportunidad. Sólo quiero agregar como final que saludó este regreso de Chacho Álvarez a la arena pública. Su acción constituyó el fenómeno más importante de las últimas décadas para el centroizquierda y no imaginó una eventual recomposición de fuerzas progresistas sin su participación protagónica.

La simulada autocritica de la “política verdad”

Marcos Novaro

Sin excusas, más que un testimonio situado de la experiencia de la Alianza, es una reconstrucción retrospectiva de dicha experiencia a la luz de la opinión hoy reinante, que tiene un cariz eminentemente antipolítico, moralista y de ausencia de visión estratégica. Lo que resulta es una digestión de la experiencia de la Alianza en que se disuelve la visión estratégica que le dio sentido, y que sería interesante discutir. Esto me parece que es lo esencial del libro y, en mi opinión, lo que lo vuelve no sólo poco fiel, sino poco productivo. Y es a la luz de esta perspectiva en que el texto se construye, como sus errores, inexactitudes o ausencias se pueden entender no sólo como déficit o pro-

blemas puntuales, sino como sistemáticos componentes de su argumento. Al mismo tiempo, no hay que excluir que el texto no se inscriba en una estrategia o apuesta política del autor para el presente. La que plantea “Yo, que me fui y no robé, cuando la sociedad quiere que todos los ladrones se vayan, tengo la oportunidad para volver”. Esto parece una estrategia razonable y totalmente legítima, aun cuando sea desmentida en el propio texto, no se entiende muy bien por qué.

Hay dos tipos de planteos que aparecen en *Sin excusas*, como autocriticas, y las dos son reveladoras de lo que decía sobre la visión retrospectiva. Una es que en realidad, *Sin excusas* es el libro de las mil y una excusas. Está concebido para descargar en otros las responsabilidades. Álvarez dice



Desnudo (1950)

de los problemas que tiene esta visión moralizante es que detrás de un discurso supuestamente institucionalista, se esconde una visión profundamente antiinstitucional de la política. Hay una argumentación que propone la regeneración de la política y que consiste en verdad, en la afirmación de que no hay camino viable para la reforma institucional que no sea una denuncia y el rechazo de las prácticas políticas institucionalizadas como absolutamente perniciosas.

El segundo problema de esta visión moralista es que supone un diagnóstico muy sesgado de cuáles son los problemas de la Argentina en general,

y específicamente, los problemas políticos del país. El problema de principio a fin parece ser la corrupción. Creo que esto refleja una involución notable en el pensamiento de Álvarez respecto de lo que fue su diagnóstico de la situación argentina en los 90. Es un regreso a la "Carpa de Alfí Babá", a la denuncia del menemismo por su corrupción y a la afirmación, que suena insolita en boca de una persona que tiene bien ganadas credenciales no sólo como político pragmático sino como fino analista de los problemas políticos, de que todo lo que hizo Menem lo hizo para llenar sus bolsillos y los de sus amigos. Es el discurso

más vulgar que encontramos hoy en gran parte del periodismo autodenominado "de investigación"; el discurso de los refundacionales, de una izquierda que está entusiasmada con la crisis como si ella fuera el momento en que se ha revelado por fin la verdad de lo que vino sucediendo en la Argentina en las últimas décadas, y especialmente en los 90. Este discurso sobre los problemas del país, que empobrece la propia visión que Álvarez en su momento elaboró sobre las alternativas de gobierno y de reforma que se tenían por delante, tiene varias explicaciones. Una es que Álvarez hace un balance de los 90 desde una frustración de la que no puede poder reposarse ni extraer consecuencias valiosas. El proceso de maduración política, de creciente complejidad del análisis y de creciente articulación de iniciativas, donde se componía lo posible con la imaginación, llegó a un límite en la gestión de la Alianza. Y desde ese límite, lo que hemos visto es una caída que parece no tener fin. Aunque tal vez el problema, para no inmiscuirnos en la experiencia íntima del propio Álvarez, sea también de orden ideológico. Álvarez parece haber adoptado y haber quedado atrapado en un discurso cerrado, autosostenido, profundamente ideológico e impermeable a los datos de la realidad, respecto de su propia experiencia. Este discurso fue utilizado en su momento por Álvarez como parte de una estrategia, y ahora se ha vuelto la totalidad de su estrategia. Es el discurso que lo pone a él en la condición de ser "el presidente de los medios". En su momento le permitió utilizar a los periodistas como principal activo militante, lo que tenía sentido mientras al mismo tiempo hacia política con otros actores, con sectores movilizados de la sociedad, con grupos partidarios y de interés, con técnicos y profesionales, etcétera. Ahora, parecería que para Chacho sólo es posible hacer política en los medios y con los medios, adoptando a pleno el discurso y el rol que los medios quieran asignarle. Y complementa esto con un discurso intelectual, pseudointelectual en verdad, por-

que tiene el mal gusto de citar a famosos para decir obviedades, dirigido a recubrirse de la legitimidad de ciertos saberes, que antes hubiera considerado innecesarios y de los que ahora busca obtener las credenciales que necesita para presentarse como corriente de la política institucional, partidaria.

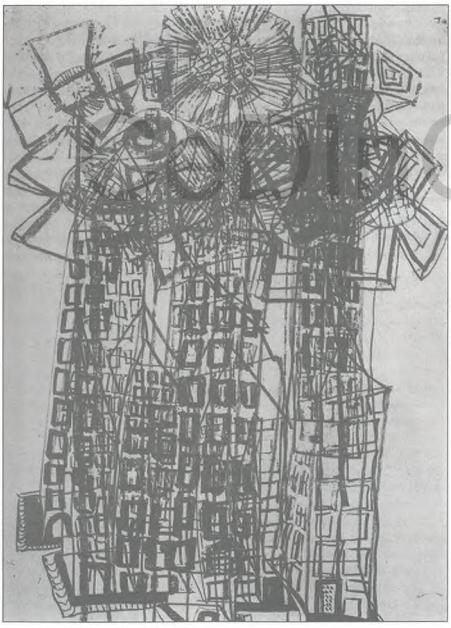
Es dentro de este marco, en suma, donde se pueden entender las inexactitudes del texto. Inexactitudes que me parecen son muy graves en sí mismas, tanto en lo que se refiere a la crisis del Senado, que describe con una marcada parcialidad, como si se tratara de la batalla entre él y un mundo corrompido y miserable, tergiversando hechos públicamente conocidos; como respecto de las decisiones de política económica, en lo que se muestra incoherente con sus diagnósticos y sus apuestas en ese entonces y con las posiciones de las distintas partes que intervinieron en la toma de decisiones, y, por último, en la reconstrucción del proceso de incorporación de Cavallo al Gobierno. Respecto de esto último, existió sin duda una estrategia de ampliación y reformulación de la coalición de gobierno de parte del propio Álvarez, en un intento de reorientar la política económica, una estrategia que podemos evaluar si estuvo mal o bien encaminada, si era más o menos justificada, pero que tiene una gran importancia para explicar no sólo el modo en que después Cavallo iba a entrar al Gobierno, sino también la tensión entre De la Rúa y el propio Álvarez, y entre éste y el radicalismo en general. De esa estrategia el texto no dice absolutamente nada.

Es importante analizar este problema de las inexactitudes porque ellas resultan profundamente irritantes, y cabe preguntarse si esa irritación nace de la gravedad de las inexactitudes o tiene otra explicación. Creo que influye en ello lo que planteaba al comienzo: la perspectiva con que está construido el texto, perspectiva que podemos llamar de la "política verdad". Es por ello que, cuando se falta a la verdad, el discurso tiende a adquirir un rasgo psicótico y se desmorona en su credibilidad. Eso, creo, es lo que en

última instancia hace tan irritante las inexactitudes. Porque a otros libros en los que dirigentes políticos cuentan sus experiencias o proponen sus estrategias uno no les pide ajustarse a la verdad, porque hay un pacto implícito entre el escritor y el lector, así como existe entre los políticos y los ciudadanos en general, de que los silencios, lo que en otros terrenos se podría considerar las "mentiras", son un recurso legítimo. En cambio cuando se estructura un argumento en términos de "política verdad", eso está negado. Precisamente, la fuerza de esa "política verdad", que es la impugnación de la mentira, se extrae de la promesa, que entiendo es en esencia antipolítica, de la transparencia. Es antipolítico porque de la transparencia sólo puede resultar una denuncia de la política, una política puramente negativa, no una acción política productiva. Es lo que sucede hoy con el discurso de Carrizo o el discurso antipolítico en general que circula en los medios: está fundado en estos términos de "política verdad". Para él, cualquier falta a la verdad es corrosiva. A ello se suma, para empeorar las cosas, que la "política verdad" resulta funcional a posturas radicalizadas, que no aspiran a ser viables sino todo lo contrario, se conforman con dar testimonio de la "verdad" de los valores morales en que están inspiradas, mientras que Álvarez sigue sosteniendo en este libro, como siempre hizo, un enfoque programático bastante moderado y sensato, que no

parece para nada adecuado a esta apelación a la verdad, sino que más bien se afirma en una apelación a la prudencia. De este modo, no sólo tiene que cargar con los silencios respecto de su propia experiencia, sino que corre con desventaja en el terreno de la "política verdad" porque nadie podría confundirlo con un político "radical".

Tal vez parte de las dificultades que presenta este libro se originen en que Álvarez parece sentirse obligado a plantear su batalla por el derecho a reingresar a la política en el terreno de la credibilidad, y entonces se esfuerza por cerrar un montón de flancos débiles y nos exige demasiadas veces que le creamos. Y tal vez ése sea el problema también para ubicar este texto en una acción, la acción que está sosteniéndolo y que apunta a la reinstalación política de su autor: es una acción que parece alienada de sus condiciones de viabilidad. Porque el obstáculo no es una u otra falta a la verdad, una u otra inexactitud que pueda resultar irritante para éste o aquél "ex compañero", sino que trata de reinscribirse en un mundo político al que al mismo tiempo repudia moralmente. Ello parece alimentarse de ese discurso ideológico, que en términos de "política verdad" diluye toda posible estrategia detrás de "problemas morales", pero que no renuncia a una mirada pragmática de los problemas políticos, y entonces queda a mitad de camino entre su instinto político y el discurso periodístico.□



Casa con flores (1951)

El paso inusual de un político

Jorge Tula

Confieso que no he leído nunca un libro de políticos que reflexionan sobre su actuación política. No tengo antecedentes respecto de las autocriticas que se hacen los políticos. Tal vez por eso me impresionó el libro de Chacho, que intenta hacer una reflexión crítica sobre su acción política en un cargo de singular envergadura como el que ocupó.

Esta ausencia de un texto que permita comparar me perturba; me hubiera gustado poder comparar partiendo de la base de que los libros de autocritica política son libros siempre complicados y llenos de vacíos. Sospecho eso. Creo que no es fácil la operación de autocritica personal en cualquier aspecto; mucho más difícil lo es en el mundo de la política. De todas maneras me impresionaron las críticas que se hace Chacho. Sobre ciertas cosas,

me resulta muy difícil establecer juicios. Y como cada uno tiene sus observaciones, a mí me interesó detectar cierto tipo de cosas. Especialmente una, que me preocupa porque leí este libro tratando de encontrar la mirada de Chacho respecto de la construcción política. Ése es el tema que me preocupa en el caso de un dirigente de una fuerza que surgió vertiginosamente en la vida política del país, hasta el extremo de que en cuatro, cinco o seis años disputara una elección presidencial y recogiera el treinta por ciento de los votos. Creo que nunca en la historia política del país hubo una experiencia de ese tipo. Y entonces, miraba, intentaba buscar en los análisis de Chacho una reflexión sobre ese tipo de cosas. Creo que ese tipo de construcción política fue condicionante del resto de las acciones del Frepaso, fue condicionante para la acción de esa fuerza, que así como creció vertiginosamente, también con una rapidez parecida, entró

en una crisis cuando le tocó desempeñar roles de importancia fundamental en la vida política del país. Creo que en el surgimiento del Frepaso está presente un clima de época del cual todos fuimos prisioneros. Era un momento que se expresaba en políticas débiles y construcciones débiles. Políticas débiles porque vivíamos, en el mundo y en el país, un proceso de despolitización de la política, en el sentido de que asistíamos a transformaciones acerca de las cuales la política casi no tenía respuestas. Era un proceso de transformación tan rápido, tan profundo en la década del 90 en nuestro país y en el mundo, donde la mirada de la política, la mirada de la izquierda, presentaba una serie de ambigüedades, una serie de contradicciones de fondo. Por un lado, seducida por un proceso de modernización profunda que se daba en el mundo, pero aquí tomaba distintas tonalidades, intensidades; en donde la fuerza de

centroizquierda, especialmente el Frepaso, miraba con simpatía y con perplejidad. Las transformaciones que se producían en el mundo, que fueron procesos de modernización muy rápidos, colocaban a esta fuerza en una ambigüedad, porque sólo atinaba a tener una mirada crítica desde el punto de vista moral.

Con un telón de fondo donde la política, una política de izquierda, de centroizquierda, no debía realizar sólo un proceso de apoyo a la modernización que estaba en curso. Porque de alguna manera era consustancial a la fuerza progresista la simpatía hacia los procesos de modernización y de transformación, se encontraba con dificultades para poner frenos políticos a esos procesos de modernización haciendo uso de otro elemento que es consustancial a las fuerzas progresistas, que es: modernización sí, pero que no afecte profundamente los problemas de justicia. Esa ambigüedad se manifestó de diversas maneras en muchos momentos de la vida del Frepaso, y tuvo una expresión muy contundente cuando ya en el gobierno se decidió a votar favorablemente, salvo algunas excepciones, la iniciativa de la flexibilidad laboral. Ése me parece un punto importante, porque tal vez recorre transversalmente la mirada ideológica que tenía el Frepaso, o gran parte del Frepaso—especialmente el Frente Grande—de ese proceso de transformación en curso. No era sólo una mirada de la centroizquierda argentina, sino una mirada de la centroizquierda mundial, que considera que los procesos de flexibilización son sólo de flexibilización y no de precarización laboral. Y en casi todos lados, esos procesos llevaron a la precariedad laboral. Esa mirada es emblemática respecto del punto de vista ideológico que tenía el Frepaso de las transformaciones en curso. La mirada era una política débil, porque no había un proyecto, y los partidos políticos sin proyectos no son partidos, son organizaciones como una hoja al viento. Esto conllevaba a una debilidad ideológica y es desde una mirada ideológica que estoy analizando este

proceso, que lo convertía en una estructura débil. También a tono con lo que pasaba en el mundo. Porque los partidos, en el resto del mundo y acá, eran partidos débiles, partidos personalistas, y un partido personalista es un partido débil. La política se ha personalizado. Los partidos políticos requieren líderes fuertes, y eso crea una contradicción en el seno de las estructuras colectivas. En el caso de la Argentina, como en el caso de otros países latinoamericanos, las terceras fuerzas se construyeron alrededor de líderes fuertes. Y eso es una reiteración; con el Partido Intransigente, con Alsogaray, con Chacho... y ahora se intenta hacer con Elisa Carrió. Vivímos un clima de época. La actuación del Frepaso era deudora de un clima de época, el cual no sólo afectaba a la dirigencia política, sino también a los intelectuales. Y creo que con una intensidad parecida. Todos los intelectuales mostrábamos una cierta ambigüedad respecto de estos procesos en curso. Y este política débil, y estas organizaciones políticas débiles que se inscriben dentro de una crisis de los partidos reformistas, una crisis histórica de los partidos reformistas en el mundo, coinciden precisamente con una necesidad cada vez más intensa de partidos políticos reformistas.

El surgimiento de estas fuerzas se produce en un momento paradójico de crisis de los partidos reformistas y de necesidad de construcción de nuevos partidos reformistas; pero a esto se responde con una especie de pragmatismo político. El pragmatismo político es una suerte de mirada de énfasis sobre la eficiencia de cierto tipo de cosas, en lugar del mantenimiento de ciertos principios de construcción política y de ciertos principios que permiten tener una mirada articuladora respecto de la sociedad. Era un partido débil porque se había formado de una manera vertiginosa, sin un caudal de sectores que son consustanciales para la construcción de los partidos políticos fuertes, que es un cuerpo de élite, un cuerpo de intelectuales que ayudaría a pensar una situación crítica de un país que ya había entrado en crisis.

Este partido surge en un clima de época en el cual nosotros tampoco pudimos evitar quedar prisioneros. Tanto es así, que desde ese lugar se promovían construcciones políticas que mostraron una gran endeblez, porque no advertímos que estas construcciones políticas, digo, las coaliciones, necesitaban sujetos políticos fuertes y responsables. No había sujetos políticos fuertes y responsables. Y las construcciones políticas no eran sólo de esta naturaleza, sino que además, por ejemplo, uno podía decir que era partido de ciudadanos, y el ser ciudadano no es una ambigüedad. Eran partidos que tenían dificultades y prejuicios de tener otro enraizamiento social fuerte. Porque pensaban que estaban en condiciones, y era necesario transformarlas, pero se alejaban de las cosas que era necesario transformar. Por ejemplo, había prejuicios en tener relaciones intensas con expresiones sindicales, que estaban a tono con este tipo de fuerza política como el Frepaso,



Muchacho meando con rascacielos (1952)

caso CTA. Era un partido que no conocía adhesiones fuertes como no fueron adhesiones ciudadanas, que eran más adhesiones de tipo moral que de tipo político. Era un partido personal, que utilizaba los nuevos instrumentos que las políticas tienen para dirigirse hacia la sociedad, que son los medios de comunicación; pero sin raigambre social no podía sino sucumbir como sucumbió. Porque incluso hay partidos que tienen líderazgos fuertes, pero que tienen interlocutores válidos como para poder tramitar ciertas cosas problemáticas que la vida política siempre presenta. El Frepaso no tenía interlocutores válidos para poner frenos a los excesos de un líder. Esto me parece que es una constante de las tercera fuerzas argentinas. Un partido de esa naturaleza, cuando se produce la crisis que se produjo, se muestra tal cual es cuando el líder decide tomar una determinación; aunque sobre ese tema hay miradas distintas. He conversado con personas que dicen otras cosas, que no hubo consultas; se afirma que si las hubo y que había cierta ambigüedad respecto de tomar una decisión en bloque. De cualquier manera, un líder, que es excluyente, no puede hacer de su espacio político una decisión de irse de un gobierno que ya no representaba; eso muestra que este partido era un partido débil. Pero además, por el contrario de lo que se dice en algunos lados, creo que era un partido muy institucionalista en cierto modo. Porque una de las razones por las cuales Chacho no se llevó al partido todo, en el caso de que hubiera podido hacerlo, fue que no quería crear un problema institucional mucho más grave en un régimen de presidencialismo fuerte, que también habría condicionado a cualquier fuerza política que integrara una coalición y que se vierá perturbada con una crisis como la que vivió esta Alianza, que fue una alianza electoral pero no una coalición de gobierno.

En todo esto hay un marco de ambigüedad muy grande. Y me parece que en una crisis tan profunda, como las actores sucumbieron, incluso el propio Chacho.□

www.buenosaires.gov.ar 0800-999-2727

CAMPÀÑA DE SEPARACIÓN DE RESIDUOS



colabore

gobBsAs

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Debate

Isidoro Cheresky

No puede decirse que tengamos una convergencia de opiniones sobre lo que aporta el libro *Sin excusas*. Uno podría hacer una digresión jesuítica sobre la interpretación del texto y sus intenciones. Opino que es inútil; no creo que podamos dilucidar si lo que estamos diciendo los unos y los otros hace justicia al libro. Dicho lo cual, considero que a partir de ahora, lo que es objeto de discusión es lo que este libro desata como discusión, más allá de la interpretación sobre lo que dijo y por qué lo hizo. Es decir que no sé si vale la pena debatir sobre la autenticidad de la autocritica de Chacho. Me da la impresión de que el plantea ciertos temas que pueden ordenar un debate político y que son muy importantes. Y que implican una revisión de las prácticas del centroizquierda.

La experiencia de constitución del Frepaso, que ahora es revisada y que algunos discutimos en su momento, se basaba en una relación de representación personalista excesiva. Del mismo modo que el justificar las conductas públicas y políticas tomando como base "lo que la gente quiere", la propia constitución de la Alianza y una serie de pasos ulteriores que también fueron planteados en esos términos aparecen ahora bajo la lupa. Uno puede decir que aunque Chacho cuestiona esto, y lo cuestiona de un modo explícito e interesante, quizás no va suficientemente a fondo. Pero creo que esa revisión existe, y hay un planteo respecto de la posibilidad en las condiciones contemporáneas de actuar políticamente con relación a principios, a pensar la relación de representación política como una relación productiva que supone tener en cuenta el estado de la opinión, pero no para reflejarlo, sino para mantener una relación propulsiva, de construcción y no de mera expresión.

Creo que, muy relacionado con esto, el segundo problema que plantea Chacho Álvarez es el rol del partido político, y da cierta entidad al problema

de la organización política. Es un problema más general y complejo en el que a mi manera de ver se corren dos riesgos. Uno no dar una visión autoritaria sobre la propia experiencia del Frepaso, o quitar significación al tema sin poder definir los puntos precisos que deberían corregirse de la construcción política. El segundo curso imprudente consistiría en sugerir la idea de que construir un partido puede hacerse como hace treinta años, es decir, en la época de los partidos políticos de masas. Como se construyó en su momento el PT, a partir del movimiento obrero o de un movimiento social y siguiendo el formato organizativo clásico. Creo que ya no es más posible pensar en la construcción de un partido político en esos términos. El problema tal como lo plantea Tula no es que el Frepaso haya sido un partido ciudadano. Cabe efectivamente reflexionar sobre cuál es la relación que puede tener una fuerza política progresista con las diferentes expresiones o protestas sociales, pero en todo caso descarto la idea de un partido orgánico que exprese un sector social en el sentido en que eso podía haber sido planteado hace treinta años. Me parece que el PT tampoco sería en este momento una fuerza con esas características. En todo caso, ése es un segundo problema interesante.

Mencioné anteriormente que hay un tercer orden temático que me interesa: el diagnóstico que hace del capitalismo argentino y de las instituciones políticas. Un diagnóstico radicalizado, significativo en quién sustenta su análisis tanto en la experiencia de poder como en lecturas académicas; un diagnóstico de situación tan grave en términos de ausencia de reglas y corrupción estructural, que requeriría una vasta reinstitucionalización para ser reformado. Ante el panorama descripto, uno puede preguntarse qué sustentaría una acción reformista de tal amplitud, en otros términos, si no faltaría identificar la conflictividad en la que se podría instalar el principio de una reacción social. Pero en todo caso el análisis propuesto

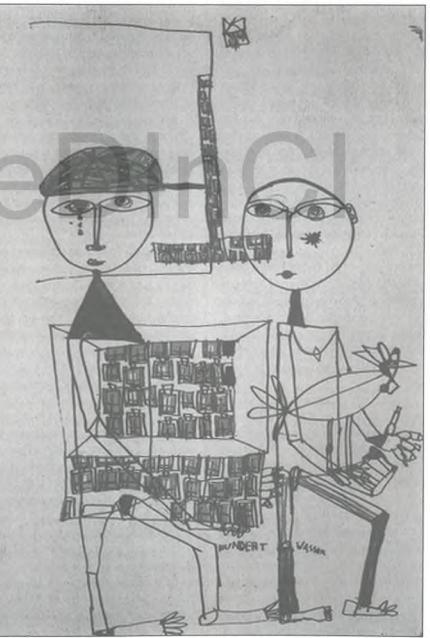
tiene el mérito de alejarse del "pensamiento único" que había permeado también al centroizquierda. Hay poco de reflexión en el planteo de Chacho Álvarez sobre la propia contribución que hizo el Frepaso al imperio del "pensamiento único", es decir, a cierta visión muy complaciente con lo que se da en llamar "el modelo" y con asegurar la continuidad de la política económica. Él hace cierto hincapié en que en su momento no se pensó profundamente el problema de la Convertibilidad. Pero propone también una visión más global respecto del capitalismo y del tipo de Estado; la síntesis es de un capitalismo prebendario, parasitario. Creo que en ese punto es donde la referencia a la corrupción encuentra un lugar conceptual y no tan sólo de moralización de la vida pública. Marcos Novaro tiene razón en desconfiar del moralismo en política, pero esto requería una discusión específica entre nosotros. El modo en que el Estado es clientelar y particularista, en que carece de universalismo en su estructura y en su relación con la ciudadanía; creo que ése es un problema estructural. En ese contexto de gran déficit institucional existe una evasión impositiva constante. Por cierto, esta característica es propia de todos los capitalismos y quizás de todas las sociedades, pero la especificidad de la irresponsabilidad fiscal argentina –por su magnitud y por su naturaleza– no puede ser evaucada diciendo que hay una zona gris, que es la zona de las prácticas institucionales, y la Argentina presenta una variante dentro de lo que es cualquier sociedad normal. Creo que no es así. Pero eso nos plantea nuevamente la formulación de un diagnóstico que no por ser realista ignore las posibilidades de una sociedad distinta y, en consecuencia, de cuánto de aspiraciones de continuidad o de ruptura tendría que tener como vocación la fuerza de centroizquierda. Creo que el problema que plantea Chacho Álvarez tiene un componente de refundación, pese a que él mismo descarta el término. Ahora, lo que tenemos que ver es si

éste es un diagnóstico acertado o no. Me parece que tiene el interés no sólo de corresponder a cierto estado de opinión en la Argentina, sino también a una dirección de análisis promisoria que más bien comparto.

Ése es el primer punto que quería tocar, y voy a tocar los otros de un modo rápido. En continuación con lo que acabé de señalar, creo que el problema que plantea el libro, y que quizás no resuelve, es el de la posibilidad de que una fuerza reformista salga del dilema revolución o resignación. Es decir, efectivamente tenemos que partir de hacer tabla rasa con lo existente y plantear una posición utópica, y que pronto constatará que no puede producir las transformaciones y las alianzas y las coaliciones orientadas a reformar, o, si no, la resignación, la adecuación sin más al estado de las cosas.

La experiencia de la Alianza puede conducir a considerar estéril la estrategia reformista y recrear ilusiones no ya revolucionarias, pero sí rupturistas o alternativistas que no se puedan plantear los términos reales de un cambio social. Creo que eso fue reiterado en el libro, y que el problema principal que se plantea y que acá se ha evocado es si se debió hacer la Alianza o no. Esté tratado también en términos polares y a mi parecer es una parte del libro con poca productividad. Es un punto de convergencia con algunos análisis aquí efectuados. Es decir, se oculta el modo en que se concibió la Alianza, la dificultad del propio Frepaso para darse una identidad política, para posicionarse frente a la idea de que el candidato presidencial tenía que ser un líder de opinión, en ese caso, Fernando de la Rúa, líder que fomentaría la ambigüedad, la heterogeneidad del propio electorado, que no lo haría evolucionar desde su involucramiento político del rechazo a Menem a propuestas de reforma efectiva; y el propio rol de Chacho Álvarez como Vicepresidente, que también es rápidamente pasado por alto, tanto en la campaña electoral como candidato cuant en su rol presidencial. Entonces, la idea de que el planteo de Chacho Álvarez es antinstitucional es una definición que me parece un

poco exagerada. Yo no diría que el problema está ahí. Hay, sí, un problema entre nosotros, que es el de definir cuál concepción sobre la apropiada relación con las instituciones es adecuada. Es decir, ¿admitimos un diagnóstico radicalizado sobre las instituciones políticas, con vistas a reformarlas, o concebimos así la renovación política o la concebimos de otro modo? ¿Nos hacemos cargo críticamente del "que se vayan todos"? Críticamente quiere decir considerando que es una reacción ante las carencias institucionales, las que sintonizamos aunque no constituya una respuesta a esas carencias, o si



Muchacho con casa y muchacha con pájaro (1951)

por el contrario la consideramos simplemente, como algunos sostienen, como una reacción "antipolítica". Y creo que esto está latente en esta discusión.

El último punto al que me quiero referir es el tema de "la política verdad" en Chacho Álvarez. A mi manera de ver, ése es un filón positivo de la tradición política que él representa. No es el único que intenta ese registro de la "política verdad". Ello implica considerar que la representación política lo compromete con la constitución de un vínculo con los ciudadanos, o con la sociedad, y que lo inhibe el privilegiar

la lealtad con la corporación política, para emplear los propios términos del Chacho. A mi manera de ver, ésa es una veta virtuosa que concibe la política en términos de lucha, y que además es adecuada a la crisis de representación actual. No creo que ninguna renovación política pueda eximirse de la "política verdadera". Ahora bien, creo que lo que quiere expresar el tema de la "política verdadera" es cierta pretensión de decir lo que se calla, de correrse de la rutina en el discurso político. No creo que Chacho Álvarez esté eximido de la ideología. Lo interesante de su posición, lo que signó su imagen pública y en su momento lo acreditó de una gran popularidad, no es su pretensión de decir la verdad definitiva, o que Chacho sea considerado por nosotros como el que finalmente hace el diagnóstico verdadero. Pero lo cierto es que si pudo ser visto como alguien que rompe ciertos pactos, que dice ciertas cosas que son calladas, que provoca la eventualidad de una regeneración política, en el sentido de permitir que el común vuelva a creer en la posibilidad de que haya líderes políticos que planteen temas que son considerados como auténticos. De hecho tenemos ejemplos variados en la vida pública actual de liderazgos con esa pretensión como Felipe Solá, como Ricardo López Murphy, que son conscientes del problema de la recuperación de un vínculo de verosimilitud, de una "dimensión Churchill" de posición no demagógica en el juego político, sobre todo en situaciones de debate.

Desde el inicio del Freepaso, apareció –antes y durante el Pacto de Olivos– esa pretensión de establecer un contacto con el estado de la opinión que superara la entonces desconfianza en germen que generaban los liderazgos políticos. Creo que eso después derivó hacia el oportunismo, el inclinarse ante el estado de la opinión, el mostrar incapacidad de iniciativa y de responsabilidad política. Pero digamos que esa tradición de estar muy atentos a reanudar un lazo político sobre la base de dar un diagnóstico verosímil, sacar de la oscuridad los asuntos de la clase política, los asuntos de las instituciones, los

asuntos del Estado, la considero más bien una tradición virtuosa que se perfila en la dirección de salir de la crisis de representación política, y no creo que sea forzosamente antiinstitucional. Esta modalidad puede tomar la forma del líder tribuno, del denunciador; pero no es forzoso que liderazgos y organizaciones responsables estén exentos de esa virtud.

Juan Carlos Portantiero

Creo que debemos volver a poner en claro qué es lo que queremos discutir, a propósito del libro. Por un lado, la peripécia personal de Chacho, su voluntad o no de reinstalarse en la vida política argentina, a partir de un balance casi personal, aunque con silencios, que él hace de su paso por el Gobierno. O temas más estructurales que parten de la necesidad de analizar el fracaso de la experiencia de la Alianza. En su conjunto, como fracaso del radicalismo, pero también como fracaso del Freepaso. Y más duro para el Freepaso que para el radicalismo. Creo que uno de los déficits del libro es algo que aquí se señala, que es cierta tendencia a culpar al otro. Desde características ideológicas, hasta características psicológicas del otro, en este caso. A partir de una idea correcta, que es la de que dentro del radicalismo operaba con mucha fuerza la noción de un pacto tácito con el justicialismo para armar máquinas de poder; hasta las propias debilidades intrínsecas del Freepaso, de las cuales obviamente Chacho es responsable, por el carácter personalista de su dirección, que le quitaba vida orgánica y discusión en su interior. Me parece que, sin demonizarlo al Freepaso, porque se trata de una experiencia que tiene que ver con un clima de época como se dio, lo que el libro muestra, sin decirlo explícitamente, es la dificultad de salir de una situación de partido de denuncia, a una situación de partido de gobierno. ¿Cómo se pasa a la política de gobierno, desde una situación de tribuno del pueblo? En el fondo, me parece que Chacho estaba mucho más cómodo en esta posición que en la otra. Lo cual no lo demuestra sólo su trayec-

toria en el interior del gobierno de la Alianza, sino otras actitudes anteriores, que quizás pueden ser más explicadas por la psicología que por la ciencia política. Por ejemplo, el hecho de haber aceptado pasivamente la candidatura a la vicepresidencia con Bordón, el haberse autoexcluido de la posibilidad de pujar por la jefatura de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; situaciones en las cuales Chacho pareció siempre preferir no inmiscuirse en esas responsabilidades, pensando tal vez que su gran déficit personal era el de mantenerse como jefe de una fuerza de denuncia más que como actor de un proceso gubernamental. Y me parece que esta actitud marca toda la peripécia. Como jefe del Freepaso, en esa voluntad manifiesta de no constituirlo como una fuerza orgánica, sino de apostar sobre todo a una relación directa con la ciudadanía, por vía del uso mediático. Algo que se dijo acá, la dificultad del Freepaso para tratar de ampliar sus bases estructurales, sea por vía de expansión territorial o por vía de una política de alianzas sociales, y que también se debió ver en el caso del Gobierno. El dice que el papel de la vicepresidencia en un país presidencialista es muy acotado, y que por eso mismo, las coaliciones son difíciles de sustentar, dado el gran peso que el Poder Ejecutivo tiene en la definición de políticas. Pero si bien esto puede ser cierto como un argumento genérico, Chacho no era sólo el Vicepresidente, sino que también era el jefe de un partido. Y creo que si bien es verdad que ese acoartamiento le impedia desde la vicepresidencia jugar un papel fuerte, como el caso del Senado lo demuestra, sin embargo, no jugó nunca con verdadero vigor las potencialidades que le daba el ser jefe de un partido imprescindible para el éxito de la coalición. Cuando el chocó con el tema del Senado, que no es algo menor sino un tema que ponía a la luz todo el sistema consociativo que se había formado entre radicalismo y peronismo para manejar ciertas estructuras, y en ese sentido, avanza en una denuncia sobre el funcionamiento del sistema político en un paso que de haber tenido éxito hubiera cambiado mucho las cosas, nun-

cajgó esa carta más que como actitud personal. Nunca la jugó como un punto decisivo que debía poner en claro que lo que gobernaba era una coalición y no el Presidente de la República.

La comparación de experiencias de coaliciones exitosas o en vías de ser exitosas en el Cono Sur nos marca bien las diferencias en varios sentidos. El caso de la Concertación chilena aparece efectivamente como una coalición de partidos, en la cual que Frei fuera de talante conservador no implicaba la ausencia de los partidos de la coalición en la discusión sobre las políticas de gobierno. Lo mismo podría decirse de otras características que también faltaron en la Alianza en el análisis de fenómenos como el Frente Amplio uruguayo, o aun en el éxito de esa otra coalición sintetizada por Lula en el interior de su propio partido. Porque ahí, en esos dos casos, existía algo que aquí no existió, y que creo que forma parte de los déficit del Freepaso (y por cierto de la Alianza), que es la articulación entre la superestructura de la política y movimientos sociales fuertes. En ese sentido, la Alianza estaba condenada al fracaso por estas limitaciones, pero creo que también el Freepaso si por alguna casualidad histórica hubiera gobernado por su cuenta, hubiera padecido del mismo déficit. Porque en su propia fórmula de instalación en la política no había constituido fuerza orgánica, ni de cuadros, ni tampoco había establecido vínculos fuertes con la sociedad.

Es verdad, lo dije y lo repito, que una cosa es construir coaliciones electorales, y otra es construir coaliciones de gobierno. Que efectivamente se puede llegar al gobierno simplemente con el apoyo difuso de la ciudadanía y con el uso de la representación parlamentaria; pero también es cierto que son las políticas públicas que se implementan desde el gobierno las que permiten marcar territorios, constituir apoyos, constituir oposiciones. Y esto estuvo ausente del radicalismo, sobre todo del radicalismo dirigido por De la Rúa, pero también estuvo ausente del Freepaso y de las intenciones de Álvarez como jefe de partido dentro de una coalición. No

hubo en todo el período anterior a la crisis del Senado ningún gesto del Freepaso que lo diferenciara de la política en curso, que marcara que dentro de la coalición había una fuerza que pretendía efectivamente encarar un programa de reformas dentro de la sociedad. Él mismo señala que si el punto nodal del llamado modelo era una Convertibilidad en crisis, nadie fue capaz de comenzar a ponerla en cuestión, y por lo tanto, el desencanto iba a ser como fue. Pero eso también forma parte de los déficit del Freepaso y del propio Álvarez, y no fue simplemente un problema de De la Rúa y del equipo económico que lo acompañó, y que considero, erró fuertemente en el diagnóstico de la crisis. Porque vi la crisis como una crisis sobre todo fiscal, la atacó casi exclusivamente en ese plano y no advirtió que en una situación de recesión prolongada de tres años, es muy difícil sacar instrumentos que tiendan a deprimir la demanda. Pero esa discusión no estuvo dada, más bien Chacho, en toda la primera etapa, fue uno de los propagandistas más firmes de esa política que, como digo, implicaba para mí un error de diagnóstico.

Por último, lo que quisiera decir, para tratar de sacar algo de toda esta experiencia, que tiene que ver primero con la consolidación de terceras fuerzas, con la posibilidad de abrirse al juego de las alianzas, es que la Argentina lamentablemente parece estar ahora en condiciones de repetir otra vez la historia. Porque recién se ha nombrado el caso de López Murphy y de Solá como quienes quieren instalar desde una verdad, aunque esa verdad sea impopular, o esa verdad no implique un seguidismo con respecto al marketing y a las encuestas. Pero me parece que el caso más significativo de ese período de repetición de la historia es el de Elisa Carrió, que otra vez, como se estudiaron en el 90, insiste en que el problema crucial de la República es el problema de la corrupción del sistema político. Y parece no advertir que la corrupción del sistema político, aunque sea un problema en sí mismo que

debe ser atacado como tal, es también una deriva del carácter del capitalismo en la Argentina y de la forma de asociación entre política y economía que aquí se ha venido dando, que encuentra su forma más resonante de explicitación pública en el tema de la corrupción, pero que también merece otro tipo de lecturas más profundas, que hacen a la necesidad de no limitarse a la crítica de las falencias republicanas, sino poner en marcha procesos de reformas económicas, sociales, políticas, que sean capaces de transformar este secular capitalismo rentístico y prebendario que terminó de consolidarse en los años 90.

Y quiero destacar por fin una parte del texto, que me pareció muy interesante. Es el memorando que Álvarez le entregó a De la Rúa cuando ya había abandonado la vicepresidencia, en el que efectivamente aparece una visión estratégica acerca de lo que debía hacer el gobierno de la Alianza y cómo debía hacerse. Pero entonces uno se pregunta por qué lo entregó meses después de haberse ido del Gobierno, y por qué no fueron esas ideas las que lo motivaron a él y a su partido desde el momento en que asumió la vicepresidencia.

Marcos Novaro

Primeramente quería referirme al seguimiento de su libro. Se ha dicho que una de sus autocriticas consiste en que Álvarez ahora reflexiona sobre un periodo que habría cometido: haber seguido la opinión. Es una forma de decir: "bueno, le hice demasiado caso a la opinión, por eso terminé así". Eso creo que es un error por dos lados. Es un error porque en realidad, si en algún momento Álvarez hizo seguidismo de la opinión fue con este libro, en el que no se permite tomar distancia ni una sola vez del actual estado de la opinión para reelaborar la experiencia de la Alianza, y así lo único que importa es la corrupción de los políticos, etcétera. Y es un error también por el modo en que se reconstruye la experiencia del período en que Álvarez hacía política no simplemente seguidista, sino productiva. Esto viene a colación asimismo del comentario de Cheresky sobre el tema

de la "política verdad". La "política verdad" no es decir la verdad, no es develar un problema, un silencio comprometedor; eso en sí mismo no es más que un instrumento legítimo de la lucha política, tan legítimo como el silencio. La "política verdad" es actuar suponiendo que la virtud que tiene que mostrar un político es que es sincero. Es una forma de romanticismo, que en la política contemporánea, mediatisada, está muy difundida, muchos la usan (en forma oportuna, frecuentemente), y algunos son esclavos de ella, y la practican en su versión más seguidista y estéril. Y eso me parece que es lo que prima en este texto. La "política verdad" era un elemento que ya estaba presente en las acciones de Álvarez en los 90, pero junto con otros, en conjunto, hacían esa estrategia más rica y productiva que el puro romanticismo. Y ello aparece velado en este discurso de la verdad de *Sin excusas*. Por ejemplo, en los puntos a que Cheresky hace alusión, creo que lo productivo de la estrategia de Álvarez en la segunda mitad de los 90 fue que formó opinión, no que siguió la opinión predominante; transformó la opinión de quienes lo seguían y de quienes lo escuchaban. Y eso fue importante en dos terrenos: en el de las políticas económicas y en el de las alianzas. En la estrategia de alianza no fue seguidista como ahora dice haber sido. La Alianza básicamente fue un invento de Álvarez. Se pueden ver los datos de las encuestas de opinión: la Alianza se convierte en un tema de la agenda después de que Álvarez inicia una operación de construcción de ese tema. Con respecto a la política económica, me parece que tampoco fue seguidismo lo que hizo Álvarez, y éste es un tema que aparece una y otra vez en el texto, cuando plantea una "autocrítica por haber sido seguidista" del consenso de los economistas. Me parece que es uno de los terrenos en donde más inexactitudes se permite el texto, y tal vez en el que las inexactitudes revelan mayor deslealtad respecto de la propia experiencia y respecto de lo que hicieron los aliados y compañeros de ruta de entonces.

Aquí, una breve digresión. Tal vez el

rasgo más propiamente antropolítico del actor romántico es su deslealtad. El romántico es una persona que sólo atiende a su propia subjetividad, a sus propios juicios e imaginación, a la significación que él mismo atribuye a sus actos, y entonces no le importa si es inconsciente con otros, porque lo que le importa es sólo ser consecuente para sí mismo. Es alguien que tiene enormes dificultades para comprometerse en una historia y hacerse cargo de las consecuencias de sus actos, y más aún para comprometerse con actos y consecuencias de actos de otros. Creo que Álvarez siempre actuó con un estilo político en el que la cuestión de la lealtad estuvo relativizada. Y la lealtad es una gran virtud política, tal vez la virtud política fundamental. Recuerdo una frase de Álvarez que dice mucho al respecto: "si uno hace política, no tiene amigos". Eso podría ser leído en términos morales, y decir que es una definición que lleva a no ser complaciente con los amigos, a ser inflexible e imparcial en la aplicación de las leyes, en el espíritu republicano. Pero en verdad tiene otro sentido, que creo es el que más se ha desarrollado con los años, lamentablemente, el costado antropolítico, antirrepresentativo, el espíritu de que puede resumirse en "Yo no me hago cargo de nadie". Y ése es el corazón de la antipolítica, el espíritu del salvaje quién pueda, finalmente, de una actitud frente a la vida, y a la vida pública en especial, que me parece que es una perniciosa immoralidad.

Todo esto para hablar de la relación entre Álvarez y Machinea. Creo que Machinea es de las personas peor tratadas en el texto, no porque se digan las peores cosas acerca de él, sino porque es el que menos las merece. La política económica en el origen de la Alianza se discutió con un serio problema de diagnóstico, sin duda. Al respecto, no sé si estoy de acuerdo con lo que decía Portantiero recién. Sucedió que la crisis de la Convertibilidad fue simultánea al proceso de formación de la Alianza y a todo el desarrollo de su estrategia para llegar al gobierno. Por lo tanto, cuando se tuvo un diagnóstico ajustado de la profundidad de la crisis, ya era

tarde para poner en marcha algunas de las políticas que hubieran sido necesarias. Ese diagnóstico de todos modos se fue corrigiendo con el tiempo, y dicha corrección es parte de la historia de la crisis del gobierno de la Alianza. En el 98 la Alianza discutió un escenario de crisis que se creía similar a la del Tequila, o sea, una crisis transitoria, para la cual se podía desarrollar una estrategia correctiva de la Convertibilidad. Esta estrategia se enfrentaba a la alternativa de hierro: o se deflacionaban los precios internos, o más temprano que tarde se debería devaluar. Era evidente que la devaluación era entonces inevitable como alternativa por los costos inmediatos que iba a imponer y porque no se tenían recursos para sostener el Gobierno hasta tanto se produjera la hipotética recuperación posterior. La devaluación no iba a tener ningún aliado relevante, por lo tanto esa alternativa se descartó. Pero además se la descartó porque se imaginaba abierta la alternativa de que las correcciones eran posibles, o sea, que se iba a contar con financiamiento externo, y se podía hacer una política de ajuste inicial que combinada con las nuevas expectativas que alimentaba la propia llegada de la Alianza al gobierno, iba a permitir relanzar la Convertibilidad recuperando la confianza de los inversores, que era básicamente el problema. Se trataba de dar señales para ganar confianza, reduciendo costos para permitir un incremento de la rentabilidad de las inversiones.

La discusión que tuvo lugar entre la elección y el momento de asunción del Gobierno fue una discusión dentro de este marco. Esta discusión enfrentó dos posiciones, y acá es donde me parece es el que menos las merece. La política económica en el origen de la Alianza se discutió con un serio problema de diagnóstico, sin duda. Al respecto, no sé si estoy de acuerdo con lo que decía Portantiero recién. Sucedió que la crisis de la Convertibilidad fue simultánea al proceso de formación de la Alianza y a todo el desarrollo de su estrategia para llegar al gobierno. Por lo tanto, cuando se tuvo un diagnóstico ajustado de la profundidad de la crisis, ya era

internos se acomodara con las políticas correctivas de reforma que se iban a implementar luego: básicamente, la renegociación de contratos de las privatizadas, orientar recursos al aumento de las exportaciones, etcétera. Políticas que iban a ser más costosas y que se iban a poder sostener si se hacía ese ajuste rápidamente al comienzo. Esta propuesta fue desestimada por De la Rúa y no fue acompañada por Álvarez. Se optó por una estrategia moderada. De la Rúa y Álvarez confiaban en que con esa estrategia moderada, que no suponía reducir el gasto tan abruptamente sino sólo cambiar algunos impuestos –el aumento del impuesto a las ganancias, básicamente–, alcanzaría porque la llegada de la Alianza iba a producir un *shock* de expectativas. Fue entonces una estrategia gradualista, la que se adoptó, por una concertación entre el equipo económico y los actores políticos. Este gradualismo fue perjudicial, pues implicó perder tiempo, de modo que, para cuando se decidió una política de ajuste más drástica, ya las condiciones de negociación con todos los actores que iban a ser perjudicados eran mucho peores. Se perdieron meses muy valiosos para cualquier gobierno, y más valiosos en este caso dada la precariedad de los recursos iniciales. Esta política de ajuste implicaba un riesgo, sin duda, pues creacondiciones para una mayor recesión; probablemente, una caída en el nivel de actividad era inevitable, pero si la reducción de costos era mayor que la caída de la actividad, iba a permitir recuperar un margen para la Convertibilidad, que era lo que se estaba tratando de lograr. Uno podría decir hoy que cualquier política deflacionaria es inviable, es siempre muy costosa y mucho más fácil de administrar que una política devaluatoria. Es mucho más difícil bajarla nominalmente el sueldo a la gente que devaluar la moneda y bajárselo en forma difusa. La Alianza iba a tener ese problema, y creo que la gestión económica era consciente de ese problema, y probablemente la estrategia de *shock* también habría tenido serias dificultades para sostenerse. Pero de todos modos, era más viable

que la que finalmente se adoptó, la estrategia gradualista.

Ahora, lo que importa es cómo reaccionaron los actores frente a los resultados: tanto aliados de esa estrategia gradualista, orientar recursos al aumento de las exportaciones, etcétera. Políticas que iban a ser más costosas y que se iban a poder sostener si se hacía ese ajuste rápidamente al comienzo. Esta propuesta fue desestimada por De la Rúa y no fue acompañada por Álvarez. Se optó por una estrategia moderada. De la Rúa y Álvarez confiaban en que con esa estrategia moderada, que no suponía reducir el gasto tan abruptamente sino sólo cambiar algunos impuestos –el aumento del impuesto a las ganancias, básicamente–, alcanzaría porque la llegada de la Alianza iba a producir un *shock* de expectativas. Fue entonces una estrategia gradualista, la que se adoptó, por una concertación entre el equipo económico y los actores políticos. Este gradualismo fue perjudicial, pues implicó perder tiempo, de modo que, para cuando se decidió una política de ajuste más drástica, ya las condiciones de negociación con todos los actores que iban a ser perjudicados eran mucho peores. Se perdieron meses muy valiosos para cualquier gobierno, y más valiosos en este caso dada la precariedad de los recursos iniciales. Esta política de ajuste implicaba un riesgo, sin duda, pues creacondiciones para una mayor recesión; probablemente, una caída en el nivel de actividad era inevitable, pero si la reducción de costos era mayor que la caída de la actividad, iba a permitir recuperar un margen para la Convertibilidad, que era lo que se estaba tratando de lograr. Uno podría decir hoy que cualquier política deflacionaria es inviable, es siempre muy costosa y mucho más fácil de administrar que una política devaluatoria. Es mucho más difícil bajarla nominalmente el sueldo a la gente que devaluar la moneda y bajárselo en forma difusa. La Alianza iba a tener ese problema, y creo que la gestión económica era consciente de ese problema, y probablemente la estrategia de *shock* también habría tenido serias dificultades para sostenerse. Pero de todos modos, era más viable



Buenos días ciudad - Ciudad sangrante (1969)

y esas medidas quedaron en el camino. Y cabe preguntarse: a esa altura, ¿a qué apostaban los actores políticos? Álvarez tomó conciencia de que en esa situación iba a ser necesario recomponer la coalición de gobierno, y fue en ese momento cuando empezó su disputa interna feroz con una parte del entorno de De la Rúa, por quien manejaba esa recomposición de la coalición de gobierno. El problema del Senado vino a colación de esto. No fue simplemente una disputa entre honestos y corruptos. Esas eran parte del conflicto; pero ese problema se inserta en una disputa estratégica sobre qué hacer con el Gobierno, y de esa cuestión Álvarez no nos dice absolutamente nada.

Ya avanzado el año 2000, cuando era evidente que no se sostendría el Gobierno con la configuración y con las soluciones iniciales, Álvarez hace una apuesta, arriesgada pero legítima. Es en ese marco donde empieza a ser discutido el ingreso de Cavallo, la ampliación de la coalición y otros temas de negociación con el peronismo. Y el conflicto entre Álvarez y el sector derelatruista gira alrededor de decidir quién conduciría esa recomposición. Álvarez fracasó en esa disputa, y eso es lo que lo llevó a salir del Gobierno. Ésa es mi interpretación. Él dio batalla en la oportunidad que encontró para plantear esa disputa por la orientación de la coalición, planteó un objetivo en esa lucha que era derrotar a un sector del entorno de De la Rúa, como una forma de desmarcar al propio De la Rúa y colocarse en condiciones de conducir esa recomposición de la coalición de gobierno, cosa que parecía una estrategia razonable de ese momento. El asunto es cómo la desarrolló y por qué no le dio los resultados esperados. Lo cierto es que Álvarez tuvo la oportunidad, en medio del conflicto sobre los sobornos, de negociar alguna fórmula de salida que no implicara la derrota total de De la Rúa, como hubiera sido que el presidente renunciara, pero sí que lo comprometiera a sacar a buena parte de ese sector de su entorno en un cierto plazo. Probablemente esa salida podría haber dado resultados a futuro. Y en ese caso es imaginable que el ingreso de Cavallo

hubiera tenido otra significación. Todo eso sería interesante que Álvarez lo contara. Pero al menos en este libro ha perdido la oportunidad de hacerlo, porque ha adoptado un discurso totalmente moralista del conflicto, que es un discurso romántico, que yo llamaré de "política verdadera" y que verdaderamente es empobecedor en cuanto a las posibilidades de aprendizaje y de recomposición futura de una experiencia de construcción de coaliciones reformistas.

Gerardo Aboy Carlés

Quisiera volver al tema del Frepaso y de la construcción de esta fuerza. Nosotros generalmente vemos el lado positivo de la crisis del populismo, por lo que éste implicó con sus efectos deletéreos que inhibieron la constitución de un régimen político estable. Pero yo lo general no prestamos la misma atención al papel que le cupo al populismo –tanto en su versión yrigoyenista como en la peronista– en terminar el proceso de construcción de una comunidad política nacional. La homogeneización del país, el proceso iniciado en el último tercio del siglo XIX, llegó a su máxima expresión con el peronismo. Es entonces cuando se crea mínimamente una situación de ciudadanía relativamente homogénea. Derechos relativamente equiparables para los habitantes de una punta a otra del país. Y aquí lo que nos interesa: el Frepaso aparece como una fuerza en el marco de la ruptura de esa homogeneidad política. La Argentina siempre fue una sociedad heterogénea; pero fue la política la que tendió a homogeneizarla a través de identidades, derechos y creencias comunes. Como decíamos, el Frepaso aparece en ese contexto de fragmentación propia del quiebre de la matriz populista, y esto tiene mucho que ver, creo, con el liderazgo que va a tener Chacho y con forma en que intenta articular ciertos denominadores comunes.

No estoy del todo de acuerdo con lo que planteaba Tula acerca de vincular causalmente el personalismo y la ausencia de una estructura partidaria. Creo

que desde la ampliación del sufragio la política se ha personalizado, y eso no ha implicado que no existieran fuertes maquinarias políticas dependientes de ese liderazgo. En algún sentido, la estrategia de construcción del Frepaso tuvo si una pretensión módica: fue un intento de establecer ciertos mínimos denominadores comunes sobre esa situación de fragmentación. Fragmentación estrechamente relacionada con la crisis de las identidades políticas tradicionales argentinas, y que en mi opinión no debe ser asimilada a un resurgimiento de una suerte de capacidad ciudadana. O sea, la ciudadanía, en cuanto identidad o conjunto determinado de prácticas sedimentadas, supone un proceso de construcción. El no pertenecer más a una identidad política no crea de por sí ciudadanos. Lo que crea, en todo caso, es una situación que la sociología hace algunos años hubiera caracterizado como de cierta disponibilidad política.

Es sobre este contexto de fragmentación que se buscaron esos elementos comunes, básicos, sin intentar crear una estructura política, tarea que aparecía como sumamente dificultosa. Y por eso hay una impureza inicial en el Frepaso, donde aparecen muy mezclados dos componentes que son cierta crítica republicana a lo que había sido el proceso menemista, y al mismo tiempo, hay un elemento *quindunista* muy fuerte, que es prácticamente inescindible de ese elemento republicano. Las dos cosas están muy mezcladas desde el inicio del Frepaso y desde la debilidad organizativa de la fuerza. Hay desde el comienzo una apuesta a formas políticas más tradicionales, que creo siguen vigentes. Hoy vemos que básicamente, si se pierde la fábrica como ámbito de hacer política –porque cada vez hay menos fábricas–, toda forma de organización política sigue teniendo una estructura territorial en el país. O sea, de la crisis y descomposición surgen experiencias como el movimiento de desocupados de base territorial, asambleas vinculadas fundamentalmente a una base barrial, etcétera. Bueno, esta vía obviamente no buscó.

Quería decir también algunas cosas

en cuanto a este breve intercambio sobre "la política verdadera". Coincido en que en alguna medida significa enfatizar esa dimensión *quindunista* que estuvo presente en los inicios del Frente, porque viene a ser una forma de hacerse cargo parasitariamente de un estado de opinión, y así renunciar al indelegable papel de la política como proceso de constitución de certezas. En este sentido, creo que hay tener cuidado con la calificación como "no política" de la "antipolítica". Acá hay una vieja discusión: cuando Verón y Sigal publicaron su libro sobre los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, hicieron hincapié en una idea de vaciamiento del campo político (asimilable a esta concepción de la "antipolítica"). Fue entonces Tulio Halperin Donghi quien agudamente puso en duda esa noción de "vaciamiento". Muchas de las expresiones políticas nuevas se construyeron oportunamente contra la política existente y aparecieron a su turno como formas "antipolíticas". Por eso creo que hay que distinguir una primera impresión de lo que aparece como antipolítica, de elementos *quindunistas* más profundos que pueden subyacer en la emergencia de una fuerza política.

Volviendo al libro: creo que entre las tres autocriticas que yo había definido al principio, hay una diferencia de estatus. Me parece que el principal lineamiento que revisa Álvarez, en un relato construido efectivamente de verdades y mentiras, se refiere a su retiro en soledad del Gobierno. Coincido en que en buena medida, las otras dos autocriticas –aquellas sobre haber hecho la Alianza con los radicales y el haber aceptado a De la Rúa como candidato– forman parte de cierta estrategia exculpatoria. Porque si el problema estuviera aquí, el paso por el Gobierno estaba jugado de antemano, y no debe rendir cuentas de ese paso. Y así aparece la mayor ausencia que, ya señalé antes, creo que es sumamente grave en el discurso de un dirigente "progresista": el no questionarse por la forma en que se colaboró durante un gobierno con medidas que congelaron e incluso potencian una sociedad desigual. Esta

es una cuestión que no aparece en el libro de Álvarez.

Finalmente, Marcos Novaro critica al refundacionalismo y en los términos en que plantea el tema Álvarez, éste aparece asociado a una idea de crítica de la política y a la emergencia de un liderazgo relativamente manipulador. Por supuesto que no comparto alternativas de ese tipo. Pero si por refundacionalismo entendemos una abrupta ruptura con lo que era la política de la década anterior –ay que no alcanza con la crítica republicana del menemismo, sino que básicamente se trataba de apuntar a lo que había significado el menemismo en términos económicos y sociales–, la ausencia de una estrategia de construcción de un corte de ese tipo con el pasado me parece un dato insoslayable para comprender el fracaso de la gestión que se inició en el 99.

Osvaldo Pedroso

Creo que uno de los ejes más interesantes de este encuentro es lo que plantea Isidoro Cherysky acerca de que si bien trabajar sobre un libro establece restricciones, también genera una apertura equivalente a una prolongación del texto en cuanto a las diversas lecturas y los debates que suscita. Porque coincido en general con el criterio –que pare-



Ciclista bajo la lluvia (1951)

cusas, promete o establece un horizonte de expectativas que no están del todo cubiertas. No lo están por muchas de las cosas que acá se dijeron y también por otras que tal vez estén referidas a nuestra propia condición de lectores. Porque, por otro lado y en la misma línea, así como no estamos frente a un texto ingenio, tampoco nosotros realzamos una lectura ingenua; opinamos, evaluamos y criticamos también desde nuestra participación —en el nivel y el modo en que haya sido— en la lamentable experiencia de la Alianza. Y también en consonancia con nuestro punto de vista actual sobre ese pasado y sobre la idea de futuro que cada uno pideña tener.

Así, por ejemplo, es indudable que Chacho especula cuando dice que descubrió tarde que De la Rúa era un conservador, y es igualmente cierto que pudo no subordinar al Frepaso a los dictados políticos del Presidente, pero ¿qué nos pasó, qué hicimos nosotros en su momento frente a ambos problemas? Recuerdo que no era ni simpatético ni prestigioso en nuestros círculos, en las mismas vísperas de las elecciones de octubre de 1999, decir que, tal como se habían desarrollado las cosas, con la hegemonía de De la Rúa, la omisión del Frepaso y el discurso justificador de Álvarez ante el giro derechista de la coalición, el eventual gobierno de la Alianza difícilmente intentaría llevar adelante las transformaciones progresistas prometidas. No era que forzosamente tuviera que gobernar tal como gobernó, pero parecía más que evidente que estaba prometiendo una línea de continuidad y no de transformaciones; eso era algo visible el día de las elecciones, pero si Chacho no lo vio, no estuvo asilado en el error. Y eso se fue acercando a través de las señales que luego del triunfo electoral se fueron emitiendo, por eso creo que no pudo ser más desafortunada la versión que ofrece Álvarez acerca de sus apreciaciones sobre la deriva que fue tomando el gobierno de la Alianza y particularmente el peso concreto de De la Rúa, de la misma manera como disienten en aquella época con la interpretación acrítica que solía ofrecerse en círculos del

centroizquierda.

Acerca del clima de época, es cierto, la creación de la Alianza interpretó las demandas de entonces: derrotar al menemismo, terminar con negocios escandalosos como los contratos con IBM o el contrabando de armas, esclarecer la voladura de Río Tercero, clausurar el negocio político de los ATN, limpiar el PAMI, etcétera, etcétera; esa formaba parte del clima de época que encarnó la Alianza y creo que era algo bueno. Pero también el clima de época, que asimismo inundó espíritus progresistas, era no hablar de la cuestión social, no meterte en educación ni en salud pública, olvidarse de los viejos y la previsión, pensar en el empleo sólo como parte del derrame y, fundamentalmente, no tocar la Convertibilidad y el *statu quo* logrado en las fuerzas del mercado.

Otra cosa que me parece fundamental, relacionada con una idea de Álvarez acerca de la crisis de la coalición y del papel del Frepaso, es que en ningún momento la cuestión de la justicia social ha estado presente en la programática y en las preocupaciones de Chacho, no ya en su trayectoria, sino en el libro que estamos analizando. Ya esto fue señalado enfáticamente por Gerardo Aboy, y lo comparo, pero también al respecto quiero agregar que esa "laguna programática" no fue una exclusividad de Chacho. Preocupaciones de este tipo no tenían demasiados adherentes entre nosotros, y aún hoy es como un hueco que a pocos les interesa cubrir. En este mismo sentido tomo algo que dijo Tula acerca de la indiferenciación de la programática de los partidos, que constituye una de las causas claves de la actual crisis de representación. Desde mi punto de vista, la cuestión social debió haber sido, particularmente, un dato de justificación de lo que podría haber llegado a ser una alternativa de cambio en el seno de la Alianza. Sin embargo, como dice Tula, pareció que el discurso único que había cooptado a todos.

De nuevo en *Sin excusas*, creo que seguramente por encima de sus propósitos y objetivos, Chacho hace un relato y compromete juicios y apreciaciones que solía ofrecerse en círculos del

centroizquierda.

nes que permiten ver lo que piensa y lo que no piensa. Por ejemplo, en relación con su renuncia, cuando dice cómo debió haber hecho jugar al Frepaso en esa operación, creo que apela a argumentaciones contradictorias sobre cómo concibe su relación con el partido, con la coalición, con la opinión pública. También fue repetidamente señalada, desde fuera pero por todos, la necesidad de fortalecer una cultura de coalición promoviendo adhesiones y lealtades a la programática de transformaciones de la Alianza sin necesidad de pasar por los partidos, lo que podía eventualmente dar origen a una corriente que respaldase al gobierno triunfante y a sus líneas más progresistas, abriendo como hipótesis la posibilidad de ligarse a movimientos sociales con las cuales las políticas prometidas por la Alianza podían llegar a establecer puentes de cierta comunicación política. De eso no se habla o, mejor dicho, se insiste en una perspectiva que hace pensar que en ello no ha habido ninguna revisión. Y no es algo tranquilizador.

Todo ello junto a otros puntos comentados son indicadores de la relativa confiabilidad que puede ofrecer un texto así, porque se trata de un texto hecho como parte de la lucha política, de la lucha del autor por sus ideas, ideas con gran parte de las cuales muchos de nosotros no estamos de acuerdo, pero eso también podemos tomarlo como un valor en la medida en que pueda ir corporizándose una línea de análisis y de crítica, como un disparador de discusiones incluidas en el arco político del centroizquierda. Analizar la experiencia de la Alianza, sin duda, desentrañar la actuación y las responsabilidades de Chacho Álvarez, claro, y poner sobre la mesa lo que cada uno hizo, como condición necesariamente concurrente de lo otro y de la idea de formar parte de lo que vendrá.

Jorge Tula

Marcos Novaro dijo, respecto del discurso de Chacho, que era un discurso seguidista de la opinión pública.

Creo que en parte sí lo fue y en parte no. Se supone que el discurso de un dirigente político es un discurso que no sólo intenta captar las voluntades ciudadanas con cualquier artificio; un político en serio intenta formar opinión, intenta incidir sobre la ciudadanía a través de propuestas que están relacionadas con la mirada que tiene de un país, una mirada ideal, en el sentido de hacia dónde orientar la marcha de un país. Así, creo que él forma una opinión pública, en el sentido de que planteó el discurso moral, que caló en la sociedad argentina. Me parece que eso lo dijo Alatriste en la mesa redonda que hicimos en febrero, quien sostiene que ese discurso moral que establecía el Frepaso, y Álvarez específicamente, alimentó esta efervescencia popular que se generó a partir de la renuncia de Álvarez y que motivó la renuncia de De la Rúa. Ahora, un discurso que es más moral que otra cosa es un discurso que corre riesgos de alimentar la antipolítica. El discurso de Chacho no fue un discurso antipolítico. Alimentó una veta que es importante en la política, especialmente en estos momentos cuando, acá y en otras partes, la discusión sobre la moralidad en la política tiene un peso muy grande. Un discurso intensamente político es un discurso que apela a la moral, pero que apela a los otros ingredientes de la política. Y creo que en ese sentido, un discurso que enfatiza la moral es un discurso que tiene dificultades de otro tipo. Y que cae frecuentemente en la política de denuncia y en la incapacidad de una política de gobierno. Eso me parece que está muy presente en el Frepaso. Ahora bien, es muy difícil diseñar una política de gobierno sin un partido, salvo que efectivamente lleguemos a estas nuevas formas de política que están presentes, especialmente en Estados Unidos, y parecería se están difundiendo también en Europa, de la formación de diseños de políticas por fuera de los partidos y que son tomadas por los partidos políticos. Y que parecen tener una cierta productividad, y además, una cierta dificultad. Porque un discurso exterior que es

tomado por la dirigencia política, muchas veces tiene dificultades para formar parte de un partido político. Al menos, de los partidos políticos tal cual han venido funcionando hasta ahora. Por lo menos, de ciertos partidos políticos. Los proyectos, los programas, se diseñan, se discuten. Cuando se discuten son tomados por los integrantes de esos partidos políticos. Cuando los programas políticos vienen desde afuera, de agencias de diversos tipos, y cuando no son discuti-

dos en el seno de los partidos políticos, esos discursos son discursos exteriores, como resultan exteriores a la sociedad cuando no son transmitidos intensamente. Me parece que ésa es otra de las dificultades del Frepaso, y que se está manifestando de una manera parecida, pero más intensa, en esta nueva experiencia de la centroizquierda. Ausencia de partido, ausencia de espacio de discusión, ausencia de proyectos y ausencia de ejecutores de esos proyectos.■



Lula debe generar un consenso posvanguardista para reconstruir el Estado

En un momento en que Estados Unidos modifica sus premisas estratégicas a partir del impacto del megaatentado del 11 de septiembre, lo que es refrendado con el triunfo republicano en las recientes elecciones de medio término, su modo de aproximación a la región se establece, más allá del imperativo geo-económico del libre comercio (ALCA), casi exclusivamente a través del arco andino: léase combate a la narcoguerrilla. En este marco, el desafío de Brasil es doblemente complejo: en el plano interno, superar el agotamiento del modelo "getulista-militar" y proponerse como emblema de un nuevo paradigma de desarrollo ajeno al neoliberalismo; en el externo, recuperar su carácter de potencia mediana a escala continental con cierto grado de autonomía relativa. Pero no a costa de colisionar con Washington.

Guillermo Ortiz

La consagración como presidente de la tercera democracia del mundo del ex obrero metalúrgico y líder del renovado Partido dos Trabajadores (PT), Luís Ignacio "Lula" da Silva, en la segunda vuelta de las elecciones generales de Brasil, constituye un salto cualitativo no sólo desde el punto de vista político-económico en el marco de la historia específica de su país, sino también en el plano estratégico, referido a la evolución de la futura arquitectura hemisférica en un escenario internacional en transición, caracterizado por un alto grado de volatilidad en el plano de la seguridad.

Más allá incluso de la alta expectativa suscitada por la tradicional problemática social del país (el consumo de calorías por habitante en Brasil es inferior que el de Turquía), el resonante triunfo de este hijo pobre del aun más pobre nordeste brasileño debe ser observado como una bisagra en la región, dada la particular coyuntura que atraviesa el continente. Léase el inquietante "telón de fondo" que se desprende de la nueva política exterior de Estados Unidos, a partir de la modificación de sus premisas estratégicas

tido estricto de que se trata, en cuanto a la cultura política, de una expresión ajena a la tradición de los movimientos nacional-populistas que marcaron los procesos de desarrollo del continente. (El PT es un partido de masas con eje en una clase obrera clásica de carácter industrial). Además, cuenta con un plus de gestión en la mayoría de los casos exitosa y responsable en importantes estados de Brasil, así como en muchos municipios, con algunos casos emblemáticos como el de Porto Alegre, en el que se puso en práctica un innovador "presupuesto participativo", a través del cual se permite una asignación quasi asamblearia de los recursos.

Heredencia y mapa poselectoral

Pero el Brasil que hereda Lula es una compleja madeja de gigantescos problemas, más allá de algunas características positivas que surgen del legado del presidente saliente, Fernando H. Cardoso, en cuanto al comienzo de la modernización, en términos generales (primeras privatizaciones, contención de la inflación, Plan Real, ya en tiempos de Itamar Franco), en el que brillan con luz propia una economía estancada y una deuda pública difícil de gestionar en sus plazos actuales. En este sentido, Lula se comprometió a honrar los compromisos, a cumplir, aunque sea parcialmente, con la ortodoxia presupuestaria reclamada por el denostado FMI (para obtener un primer préstamo de 30 mil millones de dólares de rescate); aunque no es un secreto que la clave reside en lograr consenso para una reforma fiscal orientada a mejorar la capacidad recaudatoria del Estado. Otra vez, el problema es el cómo hacerlo.

Lo cierto es que Lula aparece en primera fila del escenario brasileño como un Lech Walesa latinoamericano, que inició un ambicioso movimiento sindical en plena dictadura y, en 1980, fundó el PT, partido que implica una experiencia prácticamente única en América latina; en el sen-

tido estricto de que se trata, en cuanto a la cultura política, de una expresión ajena a la tradición de los movimientos nacional-populistas que marcaron los procesos de desarrollo del continente. (El PT es un partido de masas con eje en una clase obrera clásica de carácter industrial).

Además, cuenta con un plus de gestión en la mayoría de los casos exitosa y responsable en importantes estados de Brasil, así como en muchos municipios, con algunos casos emblemáticos como el de Porto Alegre, en el que se puso en práctica un innovador "presupuesto participativo", a través del cual se permite una asignación quasi asamblearia de los recursos.

Tengamos en cuenta el mapa poselectoral, que señala las dificultades del PT en el interior del país. Para resumir: Lula ganó la elección presidencial en 26 de los 27 estados del país; pero el PT gobernaría en sólo tres de ellos, y de escasa relevancia (Matto Grosso do Sul, Acre –donde triunfó en primera vuelta– y Piauí). Los gobernadores son autónomos, controlan la seguridad y tienen un importante peso político. De hecho, la mayoría de los estados ha acumulado enormes deudas y presiona con una refinanciación. El PT perdió, por ejemplo, Río Grande do Sul y la alcaldía de Porto Alegre, ahora en manos del PMDB. También renegó el estado de São Paulo, ahora bajo el control del PSDB de Cardoso, y perdió en Río. Para tener una idea: el partido de Fernando H. Cardoso (cuyo delfín, el ex ministro Serra, fue derrotado) gobernaría seis estados, esto es 80 millones de habitantes (la mitad del país) y 53 por ciento del PIB nacional; el PT de Lula gobernaría tres estados, que concentran cuatro por ciento de la población y representan dos por ciento del PIB nacional. El PT será el primer partido en Diputados (con 91 sobre un total de 513), y la tercera fuerza en el Senado (14 de las 81 bancas).

Cuestiones estructurales. Desarrollo y Estado incluyente

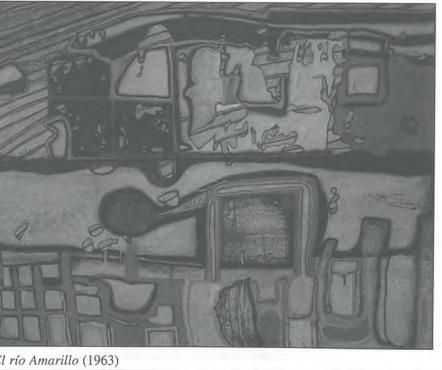
La complejidad de los desafíos reconoce también cuestiones estructu-

rales vinculadas a las características de su desarrollo. De algún modo, Brasil expresa las contradicciones de los distintos procesos de evolución capitalista. Un poco de historia. La teoría "cepalina" (1950) partió de la comprobación de que el crecimiento de la región dependía directamente del sector exportador como proveedor de divisas para importar manufacturas. El deterioro de los términos del intercambio revalorizó la opción de la "industrialización nacional" a partir del modelo conocido como "sustitución de importaciones". Evidentemente, el abanico de obstáculos en este proceso desembocó en la famosa "Teoría de la dependencia", enunciada por el profesor Cardoso y Enzo Faletto en los 70, lo que contribuyó en pocos años a una formulación entre algunas corrientes de la politología económica que hoy readquiere significado: la noción de "capitalismo tardío". En estos términos, América Latina habría ingresado en el capitalismo mundial en el momento en que éste ya estaba lanzado. A partir de esta comprobación se implementó un modelo de desarrollo autoritario a "marcha forzada" del que es producto Brasil.¹

La industria brasileña, altamente concentrada y protegida, se volcó des-

de el ocaso de la República Velha en los 30, al desarrollo de capital intensivo, fuertemente subsidiado, que permitió tasas de crecimiento de entre siete y nueve por ciento promedio, con picos de diez por ciento anual entre 1969 y 1975. De algún modo, producto del impulso suministrado por Getúlio Vargas y el Estado Novo (tras la revolución de 1930), formalmente implantado en 1937, y que significó una respuesta creativa a la crisis del 29.

El Estado Novo consolidó un modelo de desarrollo apoyado en una coalición de poder que concilió los intereses de las élites agrarias tradicionales con el emergente sector industrial. Fue el punto de partida para una infraestructura que necesitaba tiempo. Por citar algunos ejemplos, la compañía Siderúrgica Nacional data de aquella época y fue implantada en Volta Redonda en 1942, con financiamiento norteamericano concedido a cambio de la adhesión de Brasil al campo aliado en la Segunda Guerra. En el mismo año, el Gobierno creó la Compañía Vale do Rio Doce, primera empresa pública productora de mineral de hierro, financiada por el ExIm Bank y por la que el Gobierno brasileño se transformó en



propietario de los depósitos minerales que habían pertenecido al grupo británico *Habibis ton Company*. La dictadura de Vargas afirmó el modelo autoritario de construcción del Estado, dado que el objetivo nacional fue colocado por encima de los intereses de clase, lo que justificó la necesidad de un gobierno fuerte para impedir la fragmentación nacional. No hay que olvidar que –no sólo en Brasil– la unidad del territorio nacional opera como recurso simbólico fundamental para la legitimación del Estado.² Precisamente, sólo en este contexto de consolidación del proceso de industrialización con base urbana, el poder autoritario se mostraba eficaz para moderar la fragmentación social. No hay que olvidar tampoco que Brasil es la creación de una élite (el propio proceso de independencia surgió de la rebelión familiar de Pedro I), y es claro que, en este marco, la gran propiedad rural brasileña, heredada del latifundio esclavista, fue un instrumento básico para mantener la reproducción de la fuerza de trabajo en condiciones próximas a la miseria subsistencial.

En síntesis, un país de politización e industrialización tardía,³ con un inquietante añadido: la población brasileña aumenta a razón de 25 millones de personas por década, al tiempo que la vía autoritaria a la modernidad describió acentuado la disparidad.

Por otra parte, Brasil sufrió las consecuencias –como señaló Luis C. Bresser Pereira– de lo que se denominó el Consenso de Washington –en las tesis de Williamson–, cuyas raíces se hallan en el derrumbe del modelo keynesiano y la crisis de las tesis desarrollistas.

De lo que se trata es de comprender que la crisis de hoy no es producto de un Estado grande (el "ogro filantrópico" que describió Octavio Paz), sino precisamente de la debilidad de un Estado obstaculizado por la crisis fiscal. Por lo que muchos expertos coinciden en que toda política de estabilización y ajuste estructural que hoy se reclama a Brasil debe concebirse como medio de restablecer la solvencia fiscal del Estado y su capacidad para llevar a cabo políticas activas de desarrollo. Una nueva "marcha forzada" pero comprometiendo a los "agentes

sociales en el marco de la democracia. Es desde esta perspectiva que el necesario proceso de reconstrucción del Estado en Brasil adquiere un carácter "inlcuyente". Las dudas que surgen sobre la gestión Lula surgen del hecho de que para vencer la miseria estructural, es necesaria una movilización de recursos que favorezca la capacidad de gerenciamiento de la crisis por parte del Estado, para lo cual debe modificarse la estructura fiscal: esto es, cobrar impuestos.

A.O. Hirschman observó que no hay política presupuestaria sólo mediante la reducción de gastos corrientes. El problema es que la reducción del gasto se ha valorado siempre mejor que el aumento de impuestos. Lo que supone un error –señala– ya que se olvida que la reducción del gasto es por naturaleza regresiva, mientras que la suba de impuestos puede constituir un factor de redistribución de la renta".

Lo cierto es que Brasil fue, hasta los 70, ejemplo de desarrollo; en los 80, un país estancado, y en los 90 tuvo una hiperinflación. A comienzos del siglo XXI es azotado por una crisis cruzada: pugna entre Estado federal y provincias, sectores aperturistas y desarrollistas, y consolidación de lo que podríamos denominar los "dos Brasil": el de la industria paulista y el de las *favelas*.

Ocurre que Brasil es un país de tiempos y espacios diferenciados: con una velocidad de innovación tecnológica extremadamente rápida en parcelas localizadas de su territorio, y con sectores que, al mismo tiempo, viven en condiciones primitivas.

Lula está llamado a superar esa dualidad, para lo que necesita traducir su apoyo político cuantitativo, en un consenso de alcance cualitativo; crecer y reconstruir el Estado con eje en la equidad.

Política exterior e inserción

En cuanto a su inserción y a su relación con la única superpotencia en pie tras el ocaso de la Guerra Fría, urge detenerse en el papel que ocupa el hemisferio en la nueva agenda de Washington. En este sentido, América la-

tina podría tomarse como un subsistema geopolítico que reencoge varios vectores que han cambiado con el correr del tiempo. Si bien la región se articula en torno a dos "minipolos", por decirlo de algún modo: el norteamericano –México– y el brasileño, que incluye Mercosur y Amazonas, hoy la prioridad reside en el conflicto "arco andino" (narcotráfico).

Ahora bien, la vecindad de Brasil con este "espacio sensible" (a travéz de su dimensión amazónica) no debe subvalorarse. Ciertos es que la tendencia general de Washington es al desentendimiento, habida cuenta de las nuevas premisas ya apuntadas, que responden a una proyección hegemónica vinculada con lo que se denominó "guerra global antiterrorista" (aún no del todo precisada en cuanto a su naturaleza, alcance y teatro), que por el momento involucra a Asia Central y Medio Oriente (Irak incluido).

Pero Brasil no es cualquier país: en la terminología "kissingermana", se trata de un *monster country* con una *world view* (visión del mundo). Pensemos: la quinta nación del planeta superficie y la décima potencia económica. Totaliza 70 por ciento del territorio del subcontinente, 80 por ciento de su población y más de 70 por ciento del PBI de los países del Mercosur. Una potencia mediana que comparte con EEUU (aún son posibles comparaciones) el hecho de ser un país continente y parte del denominado "nuevo mundo". También es comparable a la India, China y Rusia, con las obvias diferencias de ámbito geográfico e historia en cada caso. Pero es claro que su potencialidad en el ámbito de sus compromisos internacionales excede la "dimensión mercosuriana" (dato a tener en cuenta por la Argentina), para inscribirse lateralmente en el actual "teatro de crisis" de la nueva política de Washington.

Por ejemplo, Brasil es frontera de retaguardia del problema colombiano, y Lula deberá trabajar en ese sentido. Brasil no desea involucrarse en un eventual "cordón sanitario" para evitar el efecto derrame de una guerra fuera de control. El problema de los

contratos de Embraer (Empresa Brasileña de Aeronáutica), hoy en el centro de la escena a partir del veto de Washington a una entrega de aviones brasileros de combate ligero al ejército colombiano (suministro que finalmente se habría adjudicado la empresa estadounidense Raytheon Aircraft), no pasaría a mayores; pero no deja de dar una pauta de irritación y potencial distanciamiento.

En todo caso, como a comienzos de siglo, Brasil deberá definir sus niveles de autonomía en un contexto fluctuante, de alta volatilidad, teniendo en cuenta su condición de país continente pero a la vez periférico. La pregunta es: ¿cómo permanecer en el pleno del eje asimétrico de las relaciones internacionales? Si antes había que desarrollarse en pos de la inserción, hoy, la inserción es condición de desarrollo.

La clave será, como señala el canciller Celso Lafer, articular identidad, gobernabilidad e igualdad en un proceso complejo y pactado.⁴ Si gobernabilidad es el ejercicio ininterrumpido del poder, en Brasil poder es el ejercicio interrumpido del pacto.

Lo cierto es que, a partir de 1930, en función de un conjunto de políticas públicas, Brasil se urbanizó, se

industrializó y finalmente se demo-

² Castro, A. B., *A Economia Brasileira em Marcha forçada*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1958.

³ Skidmore, T. E., "Getúlio Vargas and The Estado Novo 1937-45 What kind of regime?" in *Problems of Latin American History: The Modern Period*, Ed. John Tulchin, New York: Harper and Row.

⁴ Becker, B. K. y Claudio A. Egler, *Uma nova potência regional na economia – mundo*, Bertrand Brasil Editora.

⁵ Lafer, Celso, *La identidad internacional de Brasil*, Fondo de Cultura Económica.



Ocaso (1966)

Siglo XXI Editores Argentina



RICARDO SIDICARO
LOS TRES PERONISMOS
Estado y poder económico 1946-55/1973-76/1989-99

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS:
HUGO VIEZZETTI: PASADO Y PRESENTE
Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina
MARCELA TERNAVASIO: LA REVOLUCIÓN DEL VOTO
Política y elecciones en Buenos Aires 1810-1862
COLECCIÓN HISTORIA Y CULTURA, dirigida por LUIS ALBERTO ROMERO

D. CECCHINI Y J. ZICOLILLO
LOS NUEVOS CONQUISTADORES
El papel de los gobiernos y las empresas españolas en el vaciamiento de Argentina
COEDICIÓN CON FOCA EDICIONES

Laflave 1634, 11 A (C1048AAH) • Buenos Aires • Tel.: 54 (11) 4373-8516 • sigloxxi-arg@sinetts.com.ar

Entrevista a Marco Aurelio García

Renovada promesa de gobierno progresista en Brasil

Profesor del Departamento de Historia de la Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP), Secretario de Cultura de la ciudad de São Pablo, miembro de la Comisión Ejecutiva Nacional del Partido de los Trabajadores y en los últimos tiempos mencionado insistente como probable canciller del futuro gobierno brasileño, Marco Aurelio García es una figura ampliamente conocida por los medios académicos y políticos argentinos, y fiel amigo de *La Ciudad Futura*. Y en eso nos respaldamos para llevar a cabo el siguiente diálogo, tratando de anticipar algunos marcos de referencia fundamentales de la inminente gestión de Lula Da Silva.

Qué elementos de continuidad y discontinuidad pueden esperarse del gobierno que liderará Lula Da Silva, en términos generales, respecto de la gestión de Fernando H. Cardoso?

Los 53 millones de votos que obtuvo Lula en el *ballotage* (más de 62 por ciento de los electores) representan una clara opción de la sociedad brasileña por el cambio. Esa opción se dio en un cuadro de fortalecimiento democrático. A diferencia de lo que ocurre en otros países, donde las instituciones o el sistema de partidos están en crisis, la elección brasileña representó un paso adelante en el proceso de construcción de la democracia iniciado a mediados de los años 80. El Partido de los Trabajadores, fundado en 1980, es un componente importante de ese proceso de democratización.

El candidato José Serra y muchos personajes del Gobierno, incluso el propio presidente Fernando Henrique —aunque éste de manera más sutil— intentaron desestabilizar la candidatura de Lula y, con ella, el mismo proceso electoral. El candidato del PT fue presentado como sinónimo de ingobernabilidad, alguien que traería nuevamente la inflación y el "caos social". Trataron de identificarlo con la crisis argentina o venezolana, y se desenca-

denó una campaña de miedo con la participación de estrellas de la televisión. Los efectos de todo ello se hicieron sentir en el alza artificial del dólar y en el aumento, igualmente artificial, del "riesgo país" por las agencias internacionales. En un momento importante de la campaña electoral, el mega-inversor George Soros no hesitó en afirmar que quien elegiría al presidente de Brasil sería "el mercado" y no el pueblo brasileño.

Ninguna elección brasileña tuvo una cobertura tan intensa de los medios de comunicación como la pasada. Además de la propaganda gratuita de los partidos en la radio y la TV, los candidatos participaron debates y fueron exhaustivamente entrevistados por revistas, diarios, radios y canales de televisión. Así, los programas de los candidatos pudieron ser ampliamente conocidos y discutidos.

Los elementos de discontinuidad comenzarán a hacerse sentir a partir de enero de 2003, pero ya en su pronunciamiento a la Nación, al día siguiente de la consagración electoral, Lula expresó claramente cuáles serían sus prioridades. Anunció su programa de lucha contra el hambre y con eso cambió radicalmente la agenda del debate económico. Junto a esa prioridad, que evidentemente tiene una dimensión

simbólica, Lula anunció asimismo su disposición para ir eliminando la vulnerabilidad externa de la economía, que en los últimos años sumergió al país en la recesión o en un mediocre crecimiento. Reiteró sus compromisos de combatir la inflación, mantener el equilibrio fiscal y honrar los contratos, todo eso ya presente en su "Carta al pueblo brasileño", de junio de este año. Sin embargo, lo fundamental fue la afirmación de que Brasil tendrá otra política económica, que tendrá en lo social su eje estructurante. No se trata de una receta oportunista —distribuir una riqueza inexistente— sino de hacer de la inclusión social y de la distribución de la renta un factor de crecimiento, de instauración de un círculo virtuoso de la economía.

Es evidente que el cambio del modelo demandará cierto tiempo y exigirá un periodo de transición entre la actual y la nueva política económica. El clima de optimismo que siguió a las elecciones, incluso las relaciones internacionales, asociado al ya conocido dinamismo de la economía brasileña, permite suponer que ese período será más corto de lo que muchos suponen, a menos que sobrevengan graves perturbaciones internacionales.

¿Cuál será el margen de maniobra política de Lula y cómo construirá mayorías parlamentarias en condiciones de asegurar gobernabilidad, das las relaciones de fuerzas en el Congreso, especialmente en el Senado? ¿Cómo prevé las relaciones con los gobiernos estatales que, salvo en tres casos, no estarán en manos del PT?

En principio, es bueno recordar que la inmensa mayoría de los analistas políticos equivocó totalmente sus previsiones sobre las elecciones brasileñas. Admitan que Lula llegaría a la segunda vuelta, pero decían que final-

mente sería derrotado. Las razones que invocaban eran que 1) Serra unificaría todas las fuerzas del centro y de la derecha, 2) los empresarios se ubicarían completamente en contra de Lula, 3) la totalidad de la prensa apoyaría a Serra, 4) habría una irresistible presión internacional, política y de los círculos financieros contra el PT, y, finalmente, 5) la máquina gubernamental desequilibraría la elección a favor de su candidato. Serra no unificó a la derecha ni al centro. Por razones regionales y/o idiosincrásicas políticas, partes importantes del centro y aun de la derecha apoyaron a Lula o se mantuvieron neutrales. Aunque la mayoría de los empresarios haya votado por Serra, la corporación prefirió la disociación. Un sector importante apoyó abiertamente a Lula, manifestándose incluso por el PT en los programas televisivos. La prensa, con pequeñas excepciones, permaneció en la neutralidad. La presión internacional disminuyó y, finalmente, la opinión pública impidió que la máquina gubernamental fuese utilizada masivamente a favor de su candidato. Las especificidades del cuadro político brasileño explican que una parte importante de los partidos de centro y de derecha se haya dividido antes y después de la primera vuelta electoral, y que tras el triunfo de Lula, haya habido un fuerte movimiento de adhesión al nuevo gobierno, lo que hoy le garantiza mayoría en la Cámara y en el Senado. El mantenimiento de esa mayoría será puesta a prueba en el momento en que lleguen al Congreso las primeras propuestas de reformas —tributaria y de previsión social, entre otras—, y que serán objeto de previa negociación en la sociedad. En el momento actual, la amplitud de la base de apoyo del futuro gobierno ha generado una gran sorpresa colectiva.

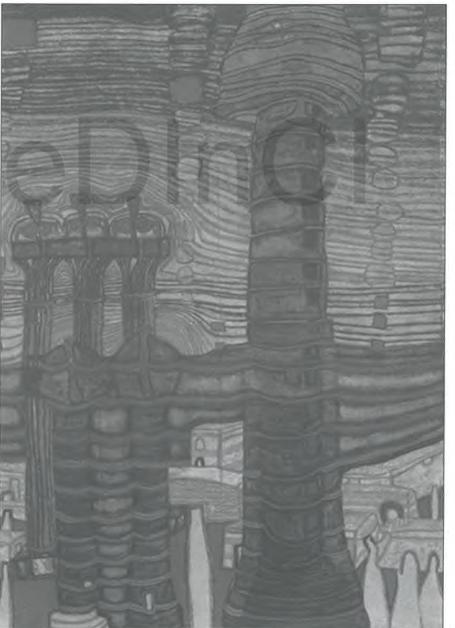
En cuanto a la segunda parte de la pregunta, el PT dispone de sólo tres gobernaciones estatales, pero la mayoría de los gobernadores o fue elegida con el apoyo de Lula o está compuesta por políticos que integran la base de sustentación del gobierno. Lula fue enfático al afirmar que no discri-

minará a los gobernadores de la oposición. Todos los gobiernos estatales están constraintos a actuar por la Ley de Responsabilidad Fiscal y enfrentan difíciles situaciones financieras, que serán objeto de negociaciones con el gobierno central, y entonces habrá de imponerse el entendimiento.

¿Cuáles serán las primeras medidas en política económica, habida cuenta de las condiciones en materia fiscal y de la necesidad de articular la recuperación del crecimiento y la redistribución de la riqueza? ¿Cómo se logrará una "tregua" con los sindi-

catos y los sectores más ortodoxos del partido? ¿Cuáles serán las primeras "batallas", el salario mínimo?

Hay una fortísima presión inflacionaria, legada por el gobierno de Fernando Henrique. Comienza a disminuir con la caída del dólar, pero exigirá mucho cuidado en los primeros meses de 2003. El cuadro económico futuro —en el momento en que responde a esta pregunta— aún no está claro, y su mayor definición pasa por la discusión del Presupuesto, actualmente en debate en el Congreso Nacional, y por otras variables. Hay indicios positivos, como la recuperación del co-



El fin del mundo griego (1964)

mercio exterior como resultado de la sobrevaloración del dólar y de la recepción interna, que restringe las importaciones. Los 10 billones de saldo en este año y las previsiones de aumento para el próximo año permiten pensar que la presión inflacionaria disminuirá y que los intereses podrán ser reducidos, lo que permitirá el crecimiento de la economía. El Gobierno dispone de importantes instrumentos para impulsar una política de crecimiento: gigantescos recursos del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES) y una mejor utilización de los fondos de pensión. Es necesario aprovechar el clima favorable al nuevo gobierno y a disposición para la negociación que existe en la sociedad para aprobar importantes reformas en el Congreso, que ayudarán a la apertura de un fuerte ciclo expansivo.

Solamente cuando tengamos en claro la situación presupuestaria, podremos dar una respuesta al problema del salario mínimo, cuyo aumento tiene influencia especialmente en las jubilaciones y puede originar una presión insostenible sobre las cuentas públicas. El nuevo gobierno reiteró su compromiso de duplicar en términos reales el salario mínimo en los próximos cuatro años, y verlo lo que puede ser hecho durante el primer año a partir de una situación heredada de la administración de Fernando Henrique.

Las negociaciones con los sindicatos y el sector empresario, que ya comenzaron, permitirán no sólo la discusión de problemas vinculados con la relación capital/trabajo, sino que también ayudarán a superar particularismos corporativos y a enfrentar la discusión del proyecto de desarrollo nacional.

Los llamados sectores "ortodoxos" del PT son magnificadas por la prensa. Las diferentes tendencias dentro del PT, lejos de ser un problema, deben ser vistas como una solución. Ayudan a la diversidad y oxigenan el debate político, lo cual fortalece la democracia interna del partido. La minoría en el PT, opuesta a la línea política de la campaña que llevó a Lula a la presidencia, se mostró muy disciplinada en

lo fundamental respecto del cumplimiento de las directivas de la campaña. Hasta ahora, el PT consiguió articular la diversidad político-ideológica interna con la tan necesaria unidad de acción. Finalmente, si un partido quiere construir la democracia en la sociedad y en el Estado brasileños, debe comenzar por aplicarla en su propio interior.

¿Qué puede esperarse en materia de políticas reparadoras de la exclusión y la pobreza, que históricamente afectan a Brasil, y cuál es el balance que hace el PT de la política de salud de Serra? ¿Sobre qué base presupuestaria y de consenso institucional se puede construir una política dirigida a asegurar las tres comidas diarias para todo brasileño?

Tendremos el programa "Hambre Cero" y también modificaciones en el programa Bolsa-escolar, a través del cual los padres recibirán dinero (que hoy es muy escaso) para enviar a sus hijos a la escuela, con exigencias de alta asistencia. Las políticas compensatorias deben ser sostenidas hasta que tengan efecto los mecanismos de inclusión social y eliminación de la pobreza de la nueva política económica. Asimismo es importante observar que los mecanismos del programa bolsa-escolar y de la renta mínima han producido considerables cambios en el perfil socioeconómico de determinadas regiones, con alto impacto localizado. Es lo que sucede en la ciudad de San Pablo, hoy gobernada por la prefecta Marta Suplicy, del PT, donde la adopción de programas de renta mínima en barrios extremadamente pobres produjo un movimiento significativo en las actividades del comercio, con impacto positivo en el empleo y en la disminución de la violencia. La ciudad de San Pablo beneficia actualmente a 170 mil familias con aportes cercanos al salario mínimo.

La política de salud de José Serra, que incorporó muchos proyectos presentados por el PT, como la ley de los genéricos, por ejemplo, tuvo algunos éxitos, como el programa de preventión del sida, pero fracasó en forma

contra las endemias que avanzan peligrosamente en todo el país, como el caso del dengue. Brasil posee una estructura institucional muy avanzada, como es el Sistema Unificado de Salud (SUS). Se trata de hacerla funcionar y de no estrangular presupuestariamente el área.

Tal vez no haya existido nunca en nuestra historia un consenso tan grande en torno de la idea de que "todo brasileño deberá comer tres veces al día". Ese consenso ya está reflejado en la discusión sobre el Presupuesto para el próximo año, y fue capaz de atraer cuantiosos recursos internacionales. La victoria electoral de Lula demostró al país y al mundo que la sociedad eligió otras prioridades, distintas de aquellas que dominaron las diez últimas años de la política brasileña.

Acerca de la política exterior, ¿qué puede esperarse del vínculo con Estados Unidos en el actual contexto de orientación hegemónica que muestra George W. Bush y, en particular, con relación a la estrategia del ALCA? La actual evolución ideológica de la región favorecerá los lazos de las demás democracias del hemisferio con el gobierno Lula?

El gobierno Lula tratará de desideologizar las relaciones con los Estados Unidos, lo que ya viene sucediendo aun desde antes de las elecciones. No somos ingenuos, sin embargo, sabemos que en esa relación habrá dificultades: Brasil tiene una posición multilateralista, mientras que Estados Unidos practica el unilateralismo, y eso puede producir muchos roces. Los problemas con el ALCA son de difícil solución, por dos grandes razones. El ALCA, como proyecto de libre comercio, busca articular economías muy asimétricas. Estados Unidos dispone de más de 70 por ciento del PIB del hemisferio, y sus índices de productividad son altísimos en función de la sofisticación de su sistema productivo y de servicios. A todo eso se suman las posiciones proteccionistas con que Estados Unidos defiende a sus sectores económicos más atrasados. Y este proteccionismo se acentuó en forma

impresionante en el último año, y habrá de dificultar enormemente la negociación.

Brasil desea una mayor integración con América del Sur, al tiempo que renegociará sus relaciones con la Unión Europea, hoy también muy proteccionista, y buscará desarrollar un bilateralismo fuerte con países como Sudáfrica, India, China, Rusia y México, entre otros.

Es perceptible en todo el continente que la victoria de Lula en las elecciones señala un cambio de rumbo en un país importante de la región, pero si bien no habrá "importación" de un supuesto "modelo brasileño" en ningún lugar del mundo, es notorio que la elección brasileña revela un cambio en la agenda política del continente.

¿Es posible un minipolo de poder antihegemónico con Venezuela? ¿Cómo será la relación con Cuba, especialmente frente al embargo, a los derechos humanos y a la apertura política en la isla?

La tesis "eje Lula-Chávez-Castro" fue orquestada por sectores de la extrema derecha norteamericana para desestabilizar la candidatura de Lula desde el exterior y, luego de las elecciones, para intentar el aislamiento internacional del nuevo gobierno. Cuba, Brasil y Venezuela son tres procesos políticos radicalmente distintos, en países muy diferentes. El Gobierno brasileño hoy mantiene buenas relaciones tanto con Venezuela como con Cuba, y esas relaciones serán intensificadas. En el caso de Venezuela, ello será parte de la nueva política exterior de dar prioridad a Sudamérica. Caracas manifestó su deseo de ingresar al Mercosur, ¿por qué no?

El PT, como partido de izquierda, tiene a la Revolución Cubana como parte integrante de su cultura política, pero ese hecho nunca nos inhibió de expresar críticas al modelo político de ese país. En cuanto al embargo económico, evidentemente nuestra posición es radicalmente contraria y en todos los foros internacionales trataremos de evitar que se perpetúe esa medida tan odiosa. No mediremos esfuerzos

para reintegrar plenamente a Cuba en la comunidad latinoamericana, pero la evolución económica y política del país deberá ser decidida, definitivamente, por los propios cubanos.

¿Qué fuerzas interiores se oponen al fortalecimiento del Mercosur? ¿Es posible avanzar con la integración en otras dimensiones y utilizar el Mercosur como instrumento de negociación con el ALCA?

Ninguna fuerza política verbaliza explícitamente una posición antimercosur. Es sabido que José Serra no alineaba simpatías por el Mercosur y proponía su virtual congelamiento. Lula, por el contrario, criticó su paralización y apuntó a la necesidad de ir más allá de una unión aduanera, y de transformar al Mercosur en un punto de convergencia de políticas activas en los ámbitos industrial, agrícola, social y laboral. En tal sentido, es preciso articular la cooperación entre nuestras universidades, desarrollar programas comunes de ciencia y tecnología e de intercambio cultural. ¿Por qué no tener un canal de televisión del Mercosur, por ejemplo?

Siguiendo el modelo europeo de integración, puede buscarse compatibilizar políticas macroeconómicas y dar otros pasos preliminares para llegar a una moneda común. Para realizar todo esto, el Mercosur debe dotarse de instituciones político-administrativas más sólidas: una Secretaría ejecutiva de

peso, órganos para solucionar controversias y un parlamento electo por voto directo.

Todo ello puede parecer demasiado ambicioso y evidentemente exige un cambio político-cultural importante. Porque no podemos continuar protegiendo con una óptica mezquina a tal o cual sector de nuestras economías y dejar de entender lo que significaría para todos nosotros la construcción de una vasta infraestructura común en la región, la articulación de políticas productivas, la constitución de un gigantesco mercado que dará nueva escala a nuestras economías, sin hablar de los avances que tendremos con la libre circulación de hombres y mujeres, y de ideas y experiencias culturales.

Todo eso remite a la parte final de la pregunta: un Mercosur con ese nivel de integración y considerablemente ampliado podrá insertarse de manera bastante más competitiva y soberana en el mundo actual. El desarrollo de una política exterior común dará más peso a nuestras negociaciones, en el ALCA, con la Unión Europea y con los otros interlocutores. En los días que corren, la presencia soberana de un país en el mundo supone más que un sólido proyecto nacional de desarrollo. Exige también sólidas políticas regionales que completen y den mayor consistencia a ese proyecto nacional. □

Traducción Osvaldo Pedroso.



Parte del río Amarillo (1961)

¿Con el siglo comienza una nueva etapa?

Contradictorio presente de la socialdemocracia europea

El 7 de octubre último, *La Ciudad Futura* y el Club de Cultura Socialista José Aricó recibieron al profesor Peter Lösche, politólogo alemán de la Universidad de Göttingen, con doctorados en Harvard y en la Universidad Libre de Berlín, invitado de la Fundación Friedrich Ebert y la Argentina, quien se refirió a las elecciones realizadas recientemente en Europa. Fue presentado por el titular de la Fundación, Heinrich Sassenfeld, y la traducción estuvo a cargo de Bet Gerber, también de la Ebert.

Por Peter Lösche

Hace veinte años, un sociólogo que hoy es miembro de la Cámara de los Lores en Westminster dijo que el siglo de la socialdemocracia había terminado. Sabemos que Dinamarca, Italia, Francia, Países Bajos y Portugal tienen goberños socialcristianos o democristianos. De todas maneras, en las formaciones de los partidos en Europa y en las actuales configuraciones hay ciertos denominadores comunes: el partido socialdemócrata parece entrar en un ocaso, pero al mismo tiempo ascienden los verdes y, particularmente en la República Federal de Alemania, aparece, además, un fuerte crecimiento de los partidos de derecha populista. Por otra parte, nos preguntamos qué es lo que está sucediendo con los liberales: algunos parecen inclinarse a la derecha y otros van en sentido contrario. Pero ¿cuáles son las causas del aparente ocaso de la socialdemocracia? Para responder queríamos señalar tres cuestiones estructurales. Una tiene que ver con el desmembramiento de la vieja sociedad industrial, típico enclave de los sectores de trabajadores socialdemócratas, donde confluyan fuentes de crecimiento económico y poderosos movimientos sociales. La segunda causa tiene que ver con la globalización, con el predominio de un capitalismo en el que los procesos de inter-

cambio están libres de cualquier control social o político. En el esquema socialdemócrata las instituciones controlaban estos procesos, pero actualmente no hay instituciones a nivel internacional que lleven a cabo este tipo de control. La tercera cuestión tiene que ver con la retracción del Estado. Efectivamente, observamos una economía privada que se mueve sin protección estatal y, paralelamente, vemos a la agricultura que se apoya crecientemente en los subsidios del Estado.

Ahora bien, aun en el contexto de la fuerte incidencia de estos tres factores, en Suecia y en la República Federal de Alemania recientemente ganaron los socialdemócratas. Por otra parte, en Austria, dentro de un mes se celebrarán elecciones nacionales y es probable que los socialdemócratas tengan una buena *performance*. Sucede que el péndulo va y viene: después de la Segunda Guerra Mundial dominaron los partidos conservadores y la democracia cristiana. Hacia la década de los 70 y principios de los 80, se afirmó la socialdemocracia. Avanzados los 80 hubo nuevamente un predominio conservador y neoliberario, y en los 90 se registró un espectro más complejo en el que coexistieron el neoliberalismo y la socialdemocracia sin un predominio claro.

Otra cuestión que tenemos que incorporar a este debate es qué significa

la socialdemocracia europea. Un ciudadano que en general vota a la socialdemocracia en Suecia bien podría no votar al Partido Socialdemócrata en Alemania. Es que, pese a la globalización y al proceso de europeización, también hay tradiciones nacionales que pesan en este debate y marcan diferencias entre los partidos de tendencia socialdemócrata. Entonces, ¿se puede generalizar? ¿Se puede hablar de la socialdemocracia independientemente de los destinos de sus distintas expresiones en cada país? Creo que hay algunos patrones generales. Dentro de ellos voy a tratar de explicar por qué la socialdemocracia se encuentra en su supuesto ocaso. Y voy a hacerlo abordando el tema desde cuatro puntos generales. En primer lugar, se observa una pérdida de vitalidad, de fuerza y de energía en la socialdemocracia. En segundo lugar, también hay una pérdida de contenidos, de orientación conceptual. En tercer lugar, se ha perdido una estructura social segura que le sirva de base, de pilar donde apoyarse. En cuarto lugar, me pregunto qué pasa con las esperanzas, qué perspectivas de futuro ofrece la socialdemocracia.

Yendo al primer punto, un elemento distintivo del Partido Socialdemócrata en el pasado era la vitalidad resultante de la capacidad de generar y desplegar visiones. Esta vitalidad estaba también ligada con el acento que aportaba la juventud al partido. Hoy se percibe cierto cansancio. Parecen haberse agotado las fuerzas que nutrían ese impetu. La socialdemocracia estuvo en un principio conformada en el entorno del movimiento de los trabajadores. A partir de este entorno se creó un núcleo alrededor de movimientos que compartían actividades culturales, sociales y de esparcimiento. Sin duda, estas organizaciones y estas redes estaban ligadas por una visión de futuro compartida. Al ingre-

sar en la sociedad de la producción, también se erosionaron estos componentes unificadores de la socialdemocracia. Cabe considerar, adicionalmente, el peso de ciertos problemas organizativos: por ejemplo, la cantidad de afiliados al Partido Socialdemócrata Alemán descendió desde una cifra superior al millón de afiliados en la década de los 70, a los setecientos mil con que cuenta actualmente. El Partido Laborista Inglés tenía en 1997 más de cuatrocientos mil afiliados; hoy esa cantidad se redujo a doscientos ochenta mil. Hay un nuevo tipo de partido que surge y que tiene que ver con la fuerte relación que se está desarrollando entre las cúpulas partidarias y los medios de comunicación, que sola la vía a través de la cual la cúpula llega a los simpatizantes y afiliados. El viejo sistema de comunicación entre afiliados y cúpula partidaria, a través de los operadores políticos, se salta y el contacto se lleva a cabo por fuera del partido. Asociado con este último fenómeno, se observa un desplazamiento del eje de poder en la organización partidaria. Los centros de poder son hoy las fracciones de los partidos constituidas en los gabinetes gubernamentales. Hay un partido en la función pública; allí se concentran el poder y las actividades que dan contenidos políticos y ponen al partido en movimiento.

Otro problema de orden organizativo erosiona a los partidos socialdemócratas. Años atrás, las fracciones intrapartidarias, de distintas alas, eran el motor del partido. Esto ya no sucede. El conflicto en el partido es tan escaso que la movilización interna es mínima. El partido funciona, cada vez más, bajo un sistema de padrinazgo, aunque si hay en Francia algunas fracciones internas que siguen actuando de acuerdo con el modo tradicional. Además, se tiene a contratar profesionales, a managers de campañas, expertos que no son gente del partido. Ciertamente tipo de comunicación partidaria interna ya no se lleva a cabo dentro del local partidario. Falta esta movilización de los afiliados, que justamente se daba en el período de campañas y

cuando era necesario generar actividad alrededor de diversas cuestiones importantes para el partido.

Pero no sólo hay problemas del tipo organizativo. También se registra un envejecimiento de los afiliados. Esto lo digo, en primer lugar, en sentido físico (sencillamente hay gente más vieja), pero además, en sentido figurativo, pues intelectualmente también se registra cierta esclerosis. El núcleo del partido está conformado por las generaciones de los 60, fundamentalmente por la de los 68, generación que en su momento movilizó muy activamente en pos de utopías. Despues de treinta o cuarenta años, esa generación está cansada y las utopías fueron reemplazadas. Los activistas, en general, forman parte del servicio público o bien son jubilados del servicio público y están afectados por una fuerte burocratización. Las juventudes del partido, que en su momento fueron vanguardistas, hoy buscan en muchos casos hacer carrera a través de su pertenencia partidaria.

Además de las cuestiones mencionadas, existe cierta ruptura entre la socialdemocracia y la sociedad en general. Esta ruptura alcanza a la relación con los sindicatos tradicionalmente socialdemócratas. Esto se ve claramente aun en el laborismo inglés, que no es la excepción a la regla. Se

observa allí lo que se nota en la mayoría o en casi todas las socialdemocracias europeas: el alejamiento de los sindicatos. Estos se apartan de la socialdemocracia cuando desde el gobierno ella pone en práctica políticas de corte neoliberal.

Todo lo que he dicho, especialmente lo referido al agotamiento y a la pérdida de vitalidad que afectan a la socialdemocracia, me lleva a hablar sobre la pérdida de orientación conceptual. Las visiones y el sentido normativo del partido, su perspectiva de futuro, eran el motor principal que motivó el masivo aercamiento de los trabajadores. Eso es básicamente lo que se ha perdido, y con ello, la motivación de cada afiliado. Eso mantenía cohesionada a toda la militancia. La Socialdemocracia perdió el concepto central. Este concepto tenía que ver con el socialismo democrático y se refería también a cuestiones económicas. La socialdemocracia entendía a la democracia no como un mero sistema político, sino también como una determinada forma de llevar a cabo la política económica. En lugar de ello, ahora abunden los debates relacionados con cuestiones políticas y económicas, con otros ejes: debates sobre éticas, sobre cuestiones socialcristianas, sobre el liberalismo. Creo que hay un deseo profundo de cierre optimismo



La tierra de Irina sobre los Balcanes (1969)

antropológico, un desplazamiento de una imagen positiva del hombre hacia una negativa, que nos acerca un concepto donde el hombre es el lobo del hombre (*homo lumen lupus*) y los hombres se devoran entre sí.

En miras de esta exposición, me propongo ver qué es lo que queda en pie de las propuestas programáticas socialdemócratas. Los puntos centrales son: en primer lugar, impedir o evitar la pobreza; en segundo lugar, frenar el avance contra el mercado laboral; tercero, apostar a una mejor formación, y finalmente, cumplir con ciertos estándares sociales mínimos. Éstos son también los ejes de las propuestas católicas o de las éticas protestantes. Compartimos, en definitivo, los mismos puntos. En el plan de acción se observa una apuesta al pragmatismo. Tony Blair dice que se reconoce la buena política si funciona. Pero ¿quién dice si la política funciona? ¿Los encuestadores? Schröder dice, siguiendo esa

línea, que no hay una política económica de izquierda o de derecha; hay política económica buena o mala. Ahora, ¿quién juzga si es buena o mala? Hay que reconocer que en determinadas épocas hemos tenido un superávit de utopías, es verdad. Pero eso no significa que para superar eso tengamos que caer en un vacío completo de utopías. Los agotamientos socialdemócratas también tienen que ver con las formas sociales que imponen la globalización, la europeización, los endeudamientos externos y los movimientos democráticos. En el esfuerzo por adaptarse a estas tendencias se llevó a cabo lo que se entiende como colonización por parte del neoliberalismo. Sin embargo, hay grandes diferencias entre las formas en que se produjo esta adaptación al neoliberalismo en la socialdemocracia de cada país. Por ejemplo, en Suecia se pone un fuerte énfasis en conservar y apoyar las instituciones del Estado de

Bienestar. Y la gente también apuesta a esto, si bien a veces sólo fracciones o sectores minoritarios del partido apoyan esta postura. El problema es que la socialdemocracia se diferencia cada vez menos de sus opositores, de la democracia cristiana y de los socialcristianos. Y las diferencias a veces radican en aspectos técnicos tan complejos y tan difíciles de entender que los electores directamente se aburren y no se preocupan por enterarse de qué se trata. Se perdió el gran relato sobre la humanización de la sociedad los ideales que se asociaban con la justicia social y con la construcción de una sociedad igualitaria. Entonces, faltan también esos símbolos, los rituales que en algún momento dieron identidad al movimiento de los trabajadores que constituyó la base de la socialdemocracia. En lugar de los contenidos, se imponen los *spin doctors*, los profesionales de las campañas que aparecen a la hora de las elecciones para movilizar al electorado. Entre ellos, cabe destacar una frase del jefe de campaña de Tony Blair: "[...] Blair no es considerado real, parece que no tuviera convicciones, todo él es imagen y dice cosas para agradar a la gente, pero no porque él realmente las piense..."

El tercer punto tiene que ver con la pérdida de bases sociales, con lo que constituye la estructura misma de la socialdemocracia, y se relaciona, como ya dije, con el fin de la sociedad de la producción tal como la conocemos. Se suma a este proceso el ascenso social de los hijos e hijas de aquellos trabajadores que constituyan las bases del partido: estos hijos e hijas que ascienden socialmente no hablan el idioma de aquél movimiento de trabajadores. A su vez, los nuevos pobres ya no comprenden el idioma de estos socialmente ascendidos, quienes utilizan una jerga académica incomprendible para los pobres.

La socialdemocracia trata de captar el centro, lo que Schroeder llama "el nuevo centro", y de esa forma se olvida y descuida a los votantes tradicionales y también a los nuevos pobres. En los ámbitos donde la socialde-

moocracia se demuestra vaga y ambigua, de la que no habla de un "partido de los abstencionistas", el partido de los que no votan. Creo que esto es falso, porque las posiciones de los que se abstienen de votar son varias, así como distintas las razones de su desmovilización. En primer lugar, puesto que los partidos son demasiado parecidos entre sí, los votantes desconfían del sistema político, del Estado y de la política en general. Esto se relaciona en gran medida con la renuncia de los partidos entre ellos, algunos partidos socialdemócratas, a contenidos programáticos de identidad.

Un último punto. Si bien he presentado un cuadro bastante descarnado, quiero destacar y rescatar que no creo que estemos asistiendo al fin de la socialdemocracia. Si bien los socialdemócratas han perdido sus fuentes originales de energía y hay un florecimiento de los sectores neopopulistas y neoliberales, creo que también hay un clima para visiones esperanzadoras. Los partidos europeos socialdemócratas tienen fuertes dosis de estabilidad y continuidad. Tienen estructuras organizativas que son importantes y sus alas de izquierda han sobrevivido a este invierno. La volatilidad de los votantes es un fenómeno que está sobreestimado. A pesar de las pequeñas diferencias programáticas entre los partidos que he mencionado, creo que los electores distinguen entre derecha e izquierda. El electorado no se deja manipular o al menos se deja manipular menos de lo que los *spin doctors* y profesionales de la política quisiéran. Los electores son más bien escépticos frente a los tecnócratas, porque no saben bien qué se proponen ni hacia dónde van. También son escépticos frente a los líderes carismáticos, porque les resultan un tanto avasallantes. Lo que se busca es seriedad, se busca la verdad, se busca solidaridad. Los electores se definen de acuerdo con contenidos y buscan conceptos. Una muestra de ello son los ejes que tomó George W. Bush en su campaña, que se distinguieron claramente de las propuestas neoliberales y en las

elecciones de 2000 trató de hacer hincapié en cuestiones relativas a contenidos, porque no se sentía una persona carismática. Con esto quiero ilustrar que los electores tienen mucho en cuenta el concepto y los contenidos. La noción de democracia en este sentido tiene su gran chance, su gran oportunidad porque siempre ese impetu ha movilizado al partido, la clave sigue estando en las cuestiones de contenido.

Para quien piense dialógicamente y considere que hay otro tipo de entendimiento, también debió decir que hay esperanzas para la socialdemocracia. Mientras que en los 70 se registraba la crisis del capitalismo tardío, hoy venmos que estamos frente a un capitalismo de la globalización, signado por la crisis del mercado bursátil y por la polarización de las poblaciones a nivel mundial. Entiendo por polarización el crecimiento de la distancia entre los sectores más pobres y los más ricos. La contradicción entre capital y trabajo sigue estando vigente. También se observa que el neoliberalismo se desacredita creíblemente entre los sectores más pobres de la población, lo cual da lugar a una fuerte reivindicación del papel del Estado. Nueva Zelanda es el gran ejemplo de un país donde se llevaron a cabo reformas liberales y ahora se busca volver a una estructura donde el Estado de Bienestar recupere su fortaleza.

Hay muchas propuestas teóricas que tienen vigencia, y seguramente algunas de éstas se discuten acá en el marco del Club de Cultura Socialista. Estas propuestas o temas tienen que ver con el comunitarismo, con conceptos humanistas, con propuestas de Marx que todavía no han sido superadas o que no han perdido vigencia. Hay otros indicios que alimentan una cuota importante de esperanza. El populismo de derecha también puede desencantar. Creo que lo que va a suceder en las próximas semanas en Austria será una clara señal en ese sentido.

Hay sin embargo otra cuestión, otro cambio profundo. Los períodos de largo predominio de un sector son menos



Libros del Zorzal



Alicia Dujovne

Al que se va

"Si la despedida inferior es cosa hecha, los últimos tiempos en el país ya no serán de rabia y rebeldía sino de temura. Es bueno fijar esas imágenes tiempos: poseen la lucidez que sólo en la despedida se despierta. Hemos visto mil veces el café de la esquina, el árbol del patio, la cara del vecino. Pero esta mirada del que está por irse: una fotografía en blanco y negro de una alucinante mitad. También es bueno hacer listas de lo que más nos guste para llevarlo del otro lado del charco, o de la cordillera, o de la frontera que sea; listas de cosas o de gente de las que jamás hubiéramos pensado de no ser por la partida."

Al que se va está dirigido a los que deciden abandonar el país pero también a los que se quedan, cara y ceja del fenómeno del desarraigo. La autora analiza los beneficios y sufrimientos de ser emigrantes, expulsados de la propia tierra por un sistema económico que exilia.

Libros del Zorzal: 25 de mayo 583 piso 10*12 / 4314-3834 / info@delzorzal.com.ar

frecuentes. Las largas ondas, que duran a veces décadas, como sucedió con el predominio electoral de algunas socialdemocracias o de la democracia cristiana, tienden a perderse. Creo que la alternancia en el poder entre tendencias distintas cada vez va a ser más frecuente. Y pienso que allí también radica la gran chance para la socialdemocracia, porque creo que gracias a ello vamos a poder decir que el siglo de la socialdemocracia apenas comienza.

Preguntas y comentarios del público

Pregunta 1: Si el futuro de la socialdemocracia es la alternancia en el poder, la alternancia en los gobiernos, y dada la supremacía hegemónica del capital financiero, ¿debe entenderse que en última instancia la socialdemocracia no podría sino contribuir con los fines del sistema del capital financiero?

Pregunta 2: El gobierno de Schroeder comenzó con un ministro reformista como Lafontaine, quién cumplió muy poco, que sufrió un embate muy fuerte de la derecha alemana y de la derecha internacional. Pregunto: Lafontaine, en el contexto de esta quietud de la Socialdemocracia, ¿realmente planteaba alguna ruptura, una vía distinta? Y agrego, ¿quién fue de él como dirigente?

Pregunta 3: En una etapa, los partidos socialdemócratas planteaban un acercamiento al movimiento social, a la sociedad civil y a los sindicatos, pero hoy se ve que hubo un alejamiento, por ejemplo, respecto de los sindicatos. ¿Qué replanteo hay ahora, acerca de la relación con la los trabajadores, la sociedad civil y los distintos movimientos sociales específicos?

Pregunta 4: Para algunos de los que estamos presentes y somos parte del Partido Socialista Unificado, la intervención suya fue muy interesante, porque de alguna manera hace referencia a una preocupación que tenemos algunos respecto del presente y el futuro de las organizaciones sociales. Personalmente, creo que los partidos socialdemócratas europeos, con los cuales el

Partido Socialista Argentino tiene un lazo histórico, están en un proceso de crisis que no deja de perturbarlos. Como dirían los mexicanos, parece que la Socialdemocracia está "desmoronada", perdió la brújula. Dicho de otra manera, está en una crisis de identidad. Este tema es de gran importancia para nosotros, porque creemos que la fusión de los partidos socialistas en la Argentina debería iniciarse con una profunda discusión acerca de lo que significa ser socialista en este momento en el mundo y qué significa serlo en esta parte del mundo. Creo que es fácil sospechar las razones de la crisis del socialismo, pero, a la vez, es muy difícil avanzar con inteligencia en la búsqueda de esa identidad socialista que toda fuerza necesita para poder fortalecerse y desarrollarse.

Pregunta 5: En relación con la dinámica de la discusión interna de los partidos socialdemócratas, me interesaría saber si después de la salida de Lafontaine del Gobierno, y dada la oposición que había entre él y Schroeder, ese conflicto se reprodujo entre otras corrientes o se dio sin más por terminado. En segundo lugar, a propósito de esta relación a veces conflictiva de coalición rojoverde en el gobierno, ¿cómo se han articulado las discusiones internas del Partido Social Demócrata y de los propios verdes? ¿Se han producido convergencias transversales o se han marcado más las fronteras entre los partidos? Y por último, dentro del cuadro actual de fuerzas, ¿quién asumen hoy el rol histórico de la izquierda del partido?



Respuestas

Son muchas preguntas, pero voy a tratar de responderlas. La primera parece más una afirmación que una pregunta y debo coincidir en cuanto a que sin duda, lo que gobierna hoy en día es el capital financiero, un sistema capitalista que está impuesto en todo el mundo. Y la socialdemocracia actúa dentro de lo que es el marco capitalista. Pero para la gente hay una gran diferencia. Si bien en el actual marco capitalista predomina el capital financiero, que es donde se concentra el poder, hace una gran diferencia para la gente si gobierna la socialdemocracia o la democracia cristiana o el socialismo de derechas; porque lo que queda del Estado de Bienestar sólo es defendido por la socialdemocracia.

Respecto de la pregunta sobre Lafontaine y la izquierda de la socialdemocracia, Lafontaine quiso desarrollar una determinada líneña dentro del Gobierno, relacionada con la construcción de instancias internacionales para controlar a la globalización. Uno de los problemas que tuvo es que carecía de inserción en organizaciones internacionales –como las Naciones Unidas o el Fondo Monetario Internacional– para llevar a cabo su proyecto. Su dimisión tuvo que ver muy concretamente con un desacuerdo con Schroeder y se retiró a la vida privada, con bastante disgusto. Sufrío luego un atentado muy serio y desde entonces va alejándose cada vez más de la vida pública y política. Desde allí debo decir que si bien Schroeder tuvo ese enfrentamiento con Lafontaine, entre sus propuestas partidarias debió tomar algunas que eran típicas y clásicas de Lafontaine, y en esta última campaña sobre todo, tuvo que ocuparse de los votantes tradicionales. Y hay otra cuestión importante, donde creo que tomó elementos "lafontaineanos", y fue en su posición respecto de Irak. Creo que él consideró, en primer lugar, el sistema internacional, en segundo lugar, el rol de Alemania dentro del sistema internacional y en tercer lugar, la posición y la actitud de los militantes y los simpatizantes social-

demócratas en ese contexto.

Acerca de la pregunta de los sindicatos y de la sociedad civil, es cierto que la distancia es cada vez mayor, no solo respecto de los sindicatos, sino también respecto de determinadas asociaciones y agrupaciones, que eran, por ejemplo, los centros de libre pensamiento, fenómenos culturales, cooperativas, y ese tipo de asociaciones con las que prácticamente ya no hay vinculación. En Europa hay cada vez mayor distancia entre los partidos y los políticos. Ahora, que haya cierto rechazo frente a los políticos, no quiere decir que haya indiferencia frente a la política. La política en sí creo que suscita gran interés, gran activismo, y una gran movilización en una asamblea, en movimientos, etcétera, que tienen que ver por ejemplo con cuestiones ecológicas, con cuestiones sociales, y creo que ése es un eje, un potencial que debe aprovecharse y explotarse.

En cuanto a la cuarta pregunta, debo resaltar el total acuerdo que tengo al respecto. Sin duda los puntos que deberían distinguir al Partido Social Demócrata hoy no existen. Me parece fundamental que la democracia y las propuestas democráticas y programáticas se trasladen concretamente al ámbito de la economía y al ámbito social. Creo que hay que llegar claramente, a mediano o a largo plazo, a un cuestionamiento del capitalismo, a un cuestionamiento del sistema capitalista. Y dentro del marco de la Internacional Socialista no hay consenso respecto de este planteo, hoy por hoy.

Acerca de la última pregunta, creo que las principales dificultades de gobernar conjuntamente radican en que los verdes se han convertido en un partido social liberal con perfil ecológico. Opino que en general son más neoliberales que los mismos socialdemócratas. Esto confunde, aunque se pasa por alto, porque los verdes surgen de algún desprendimiento o de algunas fracciones de los socialistas, pero entre tanto se han volcado más al liberalismo que la socialdemocracia, y entonces se producen dificultades, porque en muchos planos aparecen ideas completamente opuestas. □

Viene de contratapa

Hacer la historia de la izquierda

demonstrar que los criterios con los que un historiador ha construido ese concepto –sean los de Lenin, Althusser, Thompson u otros– son adecuados para entender ese proceso histórico específico.

Creo que el camino es otro: no dar nada por supuesto y reconstruir las redes de relaciones en la sociedad, los núcleos de sociabilidad (los sindicatos, pero otros muchos) y buscar las prácticas y los discursos específicos con los que los cuadros intelectuales se conectan con la gente más simple, más preocupada por sus prácticas que por la discusión teórica, que a veces elige seguirlos, y otras, no. Es un trabajo difícil y lleno de engañosas tentaciones. La más común: tomar demasiado literalmente las fuentes institucionales de la izquierda (a lo de la Iglesia les pasa lo mismo), siempre listas para anunciar la creación de nuevas asociaciones, sindicatos, bibliotecas o círculos, pero también remisas a darlas de baja.

Finalmente, hay una pregunta por el objeto mismo. ¿Qué es la izquierda? Asombra la variedad de sentidos con que se usa esta denominación, en términos literales o metafóricos: hay izquierdas conservadoras, católicas, piocoanalíticas y artísticas; sospecho

que también deportivas. Esto no es un problema para el militante, cuyo trabajo es precisamente definir y confrontar con otras definiciones. Hay un problema, en cambio, para el historiador que tiene experiencia de militancia; consiste en suponer que hay una izquierda "verdadera", que es la propia. Por ese camino, va derecho a la épica. La izquierda, como cualquier otra identidad, es una y muchas a la vez; no es en sentido ontológico, sino que está siendo, como un producto cambiante de sentidos atribuidos y autoatribuidos. Su identidad es cualquier cosa menos obvia. Desenrañarla requiere, en primer lugar, distanciamiento. Allí reside de la mayor dificultad, y el gran desafío, para quien se sienta identificado con ella. Creo que Leandro Gutiérrez lo habrá resuelto con éxito. □

* Este texto tiene una doble motivación: una intervención en el encuentro "Cultura y política: nuevas aproximaciones a la historia de la izquierda en la Argentina", organizado por el Programa de Estudios de Historia Intellectual Prisms, de la Universidad Nacional de Quilmes. Por otra parte, la referencia de un participante a este texto de Grasme, quién me recordó conversaciones sostenidas sobre estos temas con Leandro Gutiérrez, prolongadas hasta su muerte, hace ya diez años.

Elecciones en el Club de Cultura Socialista José Aricó

El pasado 4 de octubre fue elegida la Comisión Directiva del Club de Cultura Socialista José Aricó, con mandato hasta el 31 de octubre de 2003:

Presidente
Edgardo Mocca

Secretaria
Victoria Itzcovitz

Tesorero
Alberto Díaz

Vocales
Carlos Kreimer
Ricardo Mazzorín
Juan Carlos Portantiero
Guillermina Tiramonti

Vocal Suplente
Sergio Bufano

LIBROS

Adiós al humanitarismo

Realistas de derecha e izquierda frente a las políticas del Imperio americano

Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales, Noam Chomsky, Paidós, 2002.

La anarquía que viene. La destrucción de los sueños de la posguerra fría, Robert Kaplan, Ediciones B-Grupo Z, Barcelona, 2000.

El retorno de la Antiguedad. La política de los guerreros, Robert Kaplan, Ediciones B-Grupo Z, Barcelona, 2002.

En sentido común del que extrae sus argumentos el realismo conservador y el lugar común desde el que lo interpela la teoría del imperialismo –particularmente a la hora de analizar, por ejemplo, la política exterior norteamericana– suelen reorientármelos. En el escenario actual encuentran un espacio compartido, no solamente de antagonismo, sino también de singulares coincidencias, en sus críticas al internacionalismo humanitario y al intervencionismo multilateral desarrollado durante la década pasada con un apoyo de los Estados Unidos, que, en algunos casos, fuimos allá de los parámetros establecidos y previsibles hasta entonces, y que, en todo caso, ha dejado un balance cuantitativamente menor amargo y contradictorio.

Rastrear estas líneas argumentales convergentes puede ser, además, de suma utilidad para entender su desembocadura política; la instalación del unila-

para componer el cuadro de este debate teórico acerca de las relaciones internacionales que acompaña las mutaciones en el escenario de la política mundial.

Tanto Kaplan como Chomsky podrían compartir, en tal sentido, la caracterización que hiciera Albert Hirschman de la retórica reaccionaria:¹ toda intervención norteamericana guida por objetivos ideológicos termina agravando el problema que adujó buscas resolver y generando costos y daños innecesarios. El humanitarismo, dirán ambos, suele encubrir pasaportes al infierno, además de no significar otra cosa que justificativos morales del más crudo uso del imperio de la fuerza.

Estados canallas, compilación de artículos escritos por Chomsky entre 1998 y 2000, hace referencia a la forma en que el gobierno norteamericano comenzó a definir, entre las nuevas amenazas de la posguerra Fría, a aquellos que alguna vez la secretaria Madeline Albright definió como "un multilateralismo militar". Y su participación decisiva las operaciones de paz en los Balcanes, Haití y África. Los libros de estos dos autores, tan contrapuestos, que llegan ahora en sus versiones en español, son no sólo recomendables, sino también indispensables

tras la desintegración de la Unión Soviética. Ya sin contención, la superpotencia de un mundo unipolar se arroja al derecho de definir cuándo, dónde y frente a qué amenaza, enemigo u objetivo estratégico hacer uso –unilateral o multilateral, reactivo o preventivo– de su incomparable poder militar.

Estados Unidos, en la visión de Chomsky, sigue e interviene siempre: cuando lo hace directamente o cuando dejá actuar a las piezas de la región en crisis y las abandona a su suerte, luego de haber invertido copiosos recursos en empresas y gobiernos que terminan cayendo en desgracia debido a su propia insustentabilidad. Las consecuencias serán, en todos los casos, ruino-

Antoinette Hertel

En la tapa y en el sumario de nuestra edición anterior cometimos un error al mencionarlos un error al consignar el nombre de Antoinette Hertel, la autora de "Nueva York: un experimento pantalino", comentario del libro *Mumbo Montage. The Latinization of New York*, Agustín La Madrid y Arlene Dávila editores, Columbia University Press.

En Haití, se juzga en

sas para la región en cuestión. Los ejemplos de la política exterior del gobierno de Clinton durante la década de los 90 le permiten constatar del siguiente modo su tesis principal.

En la guerra de exterminio desatada en los Balcanes tras la desintegración de Yugoslavia, la responsabilidad norteamericana se mide primero en el "dejar hacer" a Serbia y a Croacia, las dos potencias regionales en conflicto, y permitir el abogado y genocidio de la débil Bosnia-Herzegovina. Pero en 1995, finalmente, EEUU interviene en Bosnia y fuerza el fin de esa guerra con la Paz de Dayton, firmada por Croacia, Bosnia y Serbia. La responsabilidad norteamericana, en esta segunda fase, sería la legitimación de la participación ética y el reconocimiento de los líderes que la llevaron a cabo. Pero EEUU vuelve a intervenir en 1999, ahora en Kosovo, y la responsabilidad norteamericana en esta tercera fase pasa a ser, primero, el sosténimiento del régimen de Milosevic durante los pasados cuatro años (¿por qué ahora y no entonces?), y luego, su derrocamiento y posterior captura (¿por qué contra él y no contra otros dictadores?) al cabo de una intervención armada que establece un nuevo equilibrio regional.

En Haití, se juzga en

igual sentido tanto el permitir el golpe militar-policial contra el presidente Jean-Baptiste Aristide (1991, gobierno de George Bush padre) como el intervenir para reinstalar a Aristide, un presidente de izquierda, en el poder (1994, gobierno de Clinton). En Timor Oriental, finalmente, el análisis es semejante: la intervención estadounidense que terminó con la dominación indonesia y permitió la independencia en esa región del Índico (1999) se coloca en línea de continuidad con el pasado de intervenciones contrarias, que armaron al régimen indonesio del general Suharto (1965), apoyaron la invasión a Timor (1975) y silenciaron las masacres que ocurrieron en los anteriores intentos independentistas y durante la ocupación.

De tal modo, el alegato humanitario de los derechos humanos –esgrimido en Bosnia, Kosovo, Haití y Timor– sería apenas una forma moderna y épica de justificar la violencia del Estado imperial. Equivalente, por caso, al combate contra "el imperio del mal" de Ronald Reagan y a su versión actual, "el eje del mal" de George W. Bush.

El razonamiento permite plantear una serie de problemas lógicos, ideológicos y empíricos. En el primer caso, si el ejercicio del poder por parte de la superpotencia dominante esilitmitado y arbitrario, cuando cesa una acción

sus consecuencias han- cos, son honestos".

En esta línea, resulta la intención de Chomsky –también en sintonía con Kaplan– de demostrar que han sido los demócratas y *liberalists*, y no los republicanos y *conservatives*, como los laboristas israelíes, y no la derecha nacionnalista del Likud, así como presidentes negociadores como Gaviria y Samper en Colombia, y no seguramente el actual y más beligerante Álvaro Uribe, quienes más responsabilidades han tenido sobre los mayores actos de fuerza, atrocidades y guerras mal concluidas (como Kennedy/Johnson en Vietnam, Carter en Indonesia, Clinton en la ex Yugoslavia).

Dicho otra vez con palabras de Kaplan: "es para sembrar sensata mente sus semillas democráticas en un mundo más extenso, que es más próximo y peligroso que nunca. [Estados Unidos] se verá obligado a aplicar ideales que, aunque no sean necesariamente democráticos

Novedades

Pensamiento y acción, Pierre Bourdieu, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2002, 160 páginas.

Una voz viene de la otra orilla, Alain Finkielkraut, Paidós, Buenos Aires, 2002, 128 páginas.

Un mundo incierto, Immanuel Wallerstein, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2002, 96 páginas.

Vallas y ventanas. Diario de una activista, desde Seattle al 11 de septiembre de 2001, Naomi Klein, Paidós, Buenos Aires, 2002, 264 páginas.

Las políticas de migraciones internacionales, Leticia Márquez, Paidós, Buenos Aires, 2002, 448 páginas.

Cuerpos que importan. Sobre

Los límites materiales y discursivos del "sexo", Judith Butler, Paidós, Buenos Aires, 2002, 320 páginas.

Un mundo de hormigas, Patria Folgarait y Alejandro Farjat-Brenner, coedición de Universidad Nacional de Quilmes y Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2002, 56 páginas.

Guerra biológica y bioterrorismo, Martín Lema, coedición Universidad Nacional de Quilmes y Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2002,

196 páginas.

Notas

¹ Albert Hirschman, *Ruthieras de la intransigencia*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1995.

² Para una versión en español de trabajos más recientes de Chomsky, véase *El terror como política exterior de Estados Unidos*, Libros del Zorral, Buenos Aires, 2002.

tarias, lo que reduciría los riesgos de nuevos genocidios". Resalta la intención de Chomsky –también en sintonía con Kaplan– de demostrar que han sido los demócratas y *liberalists*, y no los republicanos y *conservatives*, como los laboristas israelíes, y no la derecha nacionnalista del Likud, así como presidentes negociadores como Gaviria y Samper en Colombia, y no seguramente el actual y más beligerante Álvaro Uribe, quienes más responsabilidades han tenido sobre los mayores actos de fuerza, atrocidades y guerras mal concluidas (como Kennedy/Johnson en Vietnam, Carter en Indonesia, Clinton en la ex Yugoslavia).

Dicho otra vez con palabras de Kaplan: "es para sembrar sensata mente sus semillas democráticas en un mundo más extenso, que es más próximo y peligroso que nunca. [Estados Unidos] se verá obligado a aplicar ideales que, aunque no sean necesariamente democráticos

en su presencia persista; y a la vez, esto generaría una posible nueva acción. De esta manera, no habría forma de que EEUU se retirara o no interviniere en cualquier sitio en el que de alguna manera estuviera implicado, y la diferencia entre cumplir o no cumplir con una norma internacional desaparecería. En segundo lugar, el determinismo implícito en entender que toda acción genera necesariamente resultados negativos, pero la inacción los genera igualmente, hace tambalear el carácter omnipotente de dicha acción; su capacidad para definir sus diferentes de los que ya estarían determinados".

Desde el punto de vista ideológico, los interrogantes surgen por la forma en que el argumento se ensaya con el aludido "idealismo" de la política de Clinton. Si toda acción con algunas implicancias benéficas, o benigna, o anima-

da por objetivos que gozan de consenso en la comunidad internacional, resulta un encubrimiento de intenciones agresivas, egoístas y destructivas, operarse a aquella y desenmascarar éstas sería un objetivo plausible. Como dice Kaplan, después de todo, "el realismo es la habilidad de ver la verdad detrás de las pretensiones morales". El giro impuesto por los republicanos con la llegada de Bush hijo no sería otra cosa que la puesta en evidencia de la futilidad del argumento moral como base de la política exterior. Ésta continúa Kaplan, debe "regresar a lo que fue tradicionalmente: el aspecto diplomático de la seguridad nacional"; y remata sin ambages: "para sembrar sensata mente sus semillas democráticas en un mundo más extenso, que es más próximo y peligroso que nunca. [Estados Unidos] se verá obligado a aplicar ideales que, aunque no sean necesariamente democráticos

en su presencia persista; y a la vez, esto generaría una posible nueva acción. De esta manera, no habría forma de que EEUU se retirara o no interviniere en cualquier sitio en el que de alguna manera estuviera implicado, y la diferencia entre cumplir o no cumplir con una norma internacional desaparecería. En segundo lugar, el determinismo implícito en entender que toda acción genera necesariamente resultados negativos, pero la inacción los genera igualmente, hace tambalear el carácter omnipotente de dicha acción; su capacidad para definir sus diferentes de los que ya estarían determinados".

Desde el punto de

vez con palabras de Kaplan: "es para sembrar sensata mente sus semillas democráticas en un mundo más extenso, que es más próximo y peligroso que nunca. [Estados Unidos] se verá obligado a aplicar ideales que, aunque no sean necesariamente democráticos

en su presencia persista; y a la vez, esto generaría una posible nueva acción. De esta manera, no habría forma de que EEUU se retirara o no interviniere en cualquier sitio en el que de alguna manera estuviera implicado, y la diferencia entre cumplir o no cumplir con una norma internacional desaparecería. En segundo lugar, el determinismo implícito en entender que toda acción genera necesariamente resultados negativos, pero la inacción los genera igualmente, hace tambalear el carácter omnipotente de dicha acción; su capacidad para definir sus diferentes de los que ya estarían determinados".

Desde el punto de vista ideológico, los interrogantes surgen por la forma en que el argumento se ensaya con el aludido "idealismo" de la política de Clinton. Si toda acción con algunas implicancias benéficas, o benigna, o anima-

da por objetivos que gozan de consenso en la comunidad internacional, resulta un encubrimiento de intenciones agresivas, egoístas y destructivas, operarse a aquella y desenmascarar éstas sería un objetivo plausible. Como dice Kaplan, después de todo, "el realismo es la habilidad de ver la verdad detrás de las pretensiones morales". El giro impuesto por los republicanos con la llegada de Bush hijo no sería otra cosa que la puesta en evidencia de la futilidad del argumento moral como base de la política exterior. Ésta continúa Kaplan, debe "regresar a lo que fue tradicionalmente: el aspecto diplomático de la seguridad nacional"; y remata sin ambages: "para sembrar sensata mente sus semillas democráticas en un mundo más extenso, que es más próximo y peligroso que nunca. [Estados Unidos] se verá obligado a aplicar ideales que, aunque no sean necesariamente democráticos

en su presencia persista; y a la vez, esto generaría una posible nueva acción. De esta manera, no habría forma de que EEUU se retirara o no interviniere en cualquier sitio en el que de alguna manera estuviera implicado, y la diferencia entre cumplir o no cumplir con una norma internacional desaparecería. En segundo lugar, el determinismo implícito en entender que toda acción genera necesariamente resultados negativos, pero la inacción los genera igualmente, hace tambalear el carácter omnipotente de dicha acción; su capacidad para definir sus diferentes de los que ya estarían determinados".

Desde el punto de

vez con palabras de Kaplan: "es para sembrar sensata mente sus semillas democráticas en un mundo más extenso, que es más próximo y peligroso que nunca. [Estados Unidos] se verá obligado a aplicar ideales que, aunque no sean necesariamente democráticos

Un desafío de Leandro Gutiérrez

Hacer la historia de la izquierda

Luis Alberto Romero

Leandro Gutiérrez fue un militante. Militó dos veces: una en la izquierda clásica y otra en la "nueva izquierda". También fue historiador; se destacaba por la creatividad de sus ideas y por un agudo juicio crítico, que su militancia nunca limitó. Cuando empezamos a trabajar juntos –al fundar el PEHESA, en 1977– me hizo leer un clásico texto de Gramsci sobre cómo hacer la historia de la izquierda.¹ Partimos de ese texto –que él utilizaba usualmente en sus clases y de una crítica de las historias del movimiento obrero existentes, para desarrollar nuestro trabajo sobre los sectores populares.

Por entonces –hace ya un cuarto de siglo– predominaban las historias escritas por los viejos militantes de la izquierda y del movimiento obrero: Abad de Santillán, Márrota, Iscaro, Oddone, y algunos seguidores más jóvenes, igualmente milíos los próceres, poco concomitantes de las reglas del oficio. Hoy la profesión ha progresado, y en general estos temas se encaran con más rigor, aunque aquí y allá, a veces con intermitencia y otras con asumida vocación, asoma la historia teleológica, épica o denuncia, o simplemente la ilustración de la consigna del día.

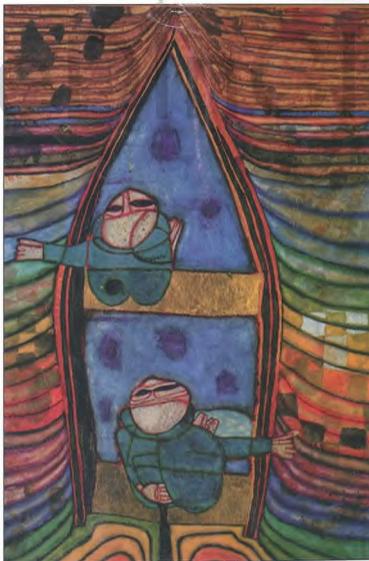
No es sólo un problema de la izquierda. Lo encuentro cotidianamente en mi campo de trabajo actual: la historia del catolicismo y la Iglesia. Hay quienes han elegido ese camino, con todo derecho: el pasado es de todos y

cualquier uso del pasado es legítimo. Pero quienes deciden practicar el oficio de la Historia según sus reglas deben estar especialmente atentos a la intrusión de un sentido común largamente asentado en las tradiciones militantes, que aflora aquí y allá apenas el rigor crítico se relaja. Por eso, creo que valen algunas advertencias, que sin ser específicas de este campo, parecen aquí particularmente pertinentes.

Es común que los investigadores se ocupen de las ideas de izquierda. El riesgo está en construir un universo cerrado y autosuficiente, una suerte de *house organ* de la izquierda o de algu-

na de sus variantes. Aunque alguna corriente exista sólo para combatir a otras, con seguridad es más lo que comparten que lo que las diferencian. Quien estudia el trotskismo debe conocer el stalinismo y también el anarquismo. No sólo eso; también el liberalismo, el positivismo, el nacionalismo, y hasta el racismo, pues las ideas y los discursos nunca residen en casilleros ni transcurren en andariegos: existen en una trama discursiva abierta, donde lo común son los cruces, los préstamos, las apropiaciones. También las refracciones. Pese a que el pensamiento de izquierda, como el católico, tiene una matriz internacional muy fuerte, existe en tanto ofrece la interpretación de una realidad específica. Si el historiador no percibe y explica esa relación, poco habrá aportado al conocimiento de la izquierda.

Otros historiadores emprenden un camino más difícil, pero a mi juicio más interesante: averiguar cuál es la implantación efectiva del pensamiento de izquierda en la sociedad. Esto toca un problema central. La interpretación de izquierda se funda en la existencia de un referente social: la "clase obrera". Es previsible que el historiador con tradición militante dé por supuesta su existencia. Me parece que para estudiar la izquierda es crucial poner en cuestión ese referente, así sea para ratificarlo. Una cosa son los intelectuales de izquierda interpelando a "la clase"; otra, demostrar con evidencia histórica que "la clase" existe. Más exactamente, lo complicado es



Tender Dinghi (1982)

Continúa en pág. 37